

**Respuestas a un cuestionario:
posiciones y situaciones**



Alejandro Grimson y Sergio Caggiano

Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín (UNSAM), Buenos Aires, Argentina.

Si tuvieran que formular una definición de los Estudios Culturales como campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que ustedes señalarían como constitutivos de su proyecto y visión?

La formulación “Estudios Culturales” no se utiliza institucionalmente en Argentina para referir a carreras o departamentos. Las maestrías en áreas análogas se denominan en “comunicación y cultura”, “sociología de la cultura” o similares. Cuando muchos de nosotros estamos dispuestos a decir que “hacemos Estudios Culturales”, nos referimos a un proceso de traducción internacional, que alude a la tradición de Birmingham y a una realidad internacional. Pero cuando aclaramos que para bien o para mal aquí el término no se usa, expresamos una persistente reserva respecto de las otras dinámicas posibles en la institucionalización de los Estudios Culturales, especialmente de los riesgos de su despolitización y de su sacrificio en las modas académicas.

Nosotros dos estudiamos como primera carrera “comunicación” en un país donde ese término no significa “periodismo” y en un contexto en el cual esas carreras fueron la principal puerta de entrada masiva para los Estudios Culturales ingleses, la teoría crítica y la propia sociología de la comunicación. En ese marco, los Estudios Culturales no son una disciplina, ni una carrera, ni un departamento. Históricamente, son una perspectiva teórica que construye nuevos objetos y modos de abordaje. Contemporáneamente, es un campo de convergencias de disciplinas y perspectivas teóricas, donde la propia politicidad se encuentra en cuestión.

La expansión de los Estudios Culturales a través de distintas regiones, contextos institucionales y políticos en todo el mundo ha hecho que “su proyecto y visión” se diversificaran enormemente y,

en ocasiones, como producto de esta diversificación, se vieran desdibujados sus límites y sus alcances. Algunos rasgos de la propuesta de Birmingham persisten o reaparecen, sin embargo, ajustados a sus condiciones específicas de emergencia, en este vasto campo de estudios agrupados bajo el paraguas de “Estudios Culturales”, y parecen cifrar aspectos constitutivos de aquel proyecto:

1) *La politicidad de la cultura en clave de “hegemonía”*. Esto significa colocar la pregunta acerca de las relaciones de poder en el centro de las preocupaciones por los modos en que los grupos sociales organizan simbólicamente la vida en común. Los valores y las creencias, el sentido de las prácticas, las formas de concebir lo propio y lo extraño, lo semejante y lo diferente, y de definir las categorías que procuran ordenar el mapa social son interrogados en su articulación con procesos de construcción, validación o desafío de lo legítimo y lo subalterno, de relaciones de jerarquía o de desigualdad, de mecanismos de inclusión y exclusión. Este punto de partida epistemológico de los Estudios Culturales implica que el poder no es externo a la cultura y, además, implica que este no tiene una esencia propia. En términos ontológicos, el poder no es sino ejercicio y relación. Retomando aportes foucaultianos, posmarxistas o ambos, los Estudios Culturales parten de concepciones “no sustanciales” del poder y apuntan sus interrogantes hacia el ejercicio del poder en su carácter polimórfico y dinámico (Foucault, Laclau, Žižek). Se trata, en consecuencia, de poner el énfasis sobre las *relaciones* sociales en tanto que relaciones desniveladas, que resultan en figuraciones con equilibrios inestables (Foucault, Elias). La centralidad de las relaciones de poder así entendidas en el estudio de la cultura tiene importantes consecuencias. Una de las más relevantes es que no deja lugar a nociones de “cultura” como “sistemas” cerrados y coherentes (Hannerz). Lo que procura el estudio de la cultura es comprender la intersección de mundos diferentes (Abu-Lughod), los modos en que las personas participan en discursos múltiples, más o menos discrepantes (Barth), así como las sedimentaciones históricas que pueden producir clausuras culturales reales o imaginarias.

2) *El estatuto que numerosos “objetos menores” adquieren como objetos de investigación científica o de reflexión intelectual*. Los proyectos pioneros llevados adelante desde el *Centre for Contempo-*

rary *Cultural Studies* supusieron la preocupación por procesos y objetos que habían sido relativamente descuidados hasta entonces. Por un lado, se potenciaron las preguntas que venían formulándose en otros ámbitos acerca de la “cultura masiva” y la industria cultural, desde los *best seller* hasta la publicidad comercial. Por otro, al tiempo que inquietudes similares y relacionadas eran desarrolladas desde la historia y la antropología, se formularon preguntas sobre la “cultura popular” que implicaban explorar desde el humor y el lenguaje populares hasta las decoraciones del hogar de las familias obreras, sólo por recordar *The Uses of Literacy*, de Richard Hoggart. En rigor, lo que comenzaban a hacer estos proyectos era repensar y revisar tal distinción entre cultura masiva y cultura popular que solía entonces (o suele aún, en algunas disciplinas) asumirse sin problematización.

3) *La transdisciplinariedad como punto de partida de los proyectos de los Estudios Culturales o como horizonte hacia el cual dirigirlos.* Las preocupaciones políticas, que no acostumbran ser disciplinares, acaso expliquen en parte esta característica de la Escuela de Birmingham. Siguiendo a Gramsci, un propósito prioritario del estudio de la cultura era (y es) dar cuenta de la conformación de un sentido común y de las relaciones de poder implicadas en ello, y para eso era preciso atender desde el canon de una literatura nacional hasta los nombres de las calles y plazas en una ciudad, como señalara el propio Gramsci. Los autores de la Escuela de Birmingham nunca se ajustaron a repertorios cerrados de objetos y metodologías. La mencionada renovación que generaron en los modos de interrogar la cultura tiene mucho que ver con la búsqueda de quebrar los marcos que las disciplinas pueden y suelen colocar.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que ustedes incorporan a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, les parecen más significativos y estimulantes?

El carácter político y conflictivo de la cultura, así como el carácter culturalmente constitutivo de la política y la economía, son puntos de partida desde los cuales otras tradiciones son leídas, interpretadas y parcialmente incorporadas. Cualquiera de nosotros podría ser acusado de ecléctico por aquellos que creen en la

irreductibilidad de los paradigmas, pero a la vez esa antropofagia teórica es practicada desde el arraigo en la noción de hegemonía (y en sus problematizaciones).

La introducción y difusión temprana del pensamiento de Gramsci que realizara el grupo de la revista *Pasado y Presente* en Argentina en los primeros años de la década de 1960 generaron un campo propicio para la recepción del proyecto de Birmingham, al menos en cuanto al peso fundamental que tuviera en él la recuperación y revitalización de los aportes del intelectual italiano. Acaso uno de los rasgos del legado del proyecto de los Estudios Culturales británicos en el contexto local, alentado a través de traducciones, entrevistas y artículos desde *Punto de Vista*, sea precisamente el de una interrogación gramsciana de la cultura. Esta construcción temprana de una buena disposición para este tipo de preocupaciones en las ciencias sociales y humanas argentinas parece producir tanto la incorporación y buena acogida de los Estudios Culturales como su visibilización ambivalente. En otros términos, la sociología, la antropología y la ciencia política, la crítica literaria y lo que un poco más tarde configuraría los estudios en comunicación integraron a sus proyectos, sus inquietudes y sus enfoques las propuestas de la Escuela de Birmingham al mismo tiempo que no se generaron programas específicos que se autodefinieran o presentaran con el título de “Estudios Culturales”.

En términos de tradiciones nacionales, algo semejante podría decirse de la influencia de algunos autores franceses tomados en la segunda generación de Birmingham e integrados a los Estudios Culturales. El estructuralismo y el postestructuralismo tuvieron un pronto impacto en la crítica literaria y en la teoría social argentinas. El psicoanálisis europeo, por su parte, ha tenido, al menos en las más grandes ciudades del país, un grado de desarrollo relevante a nivel mundial. Muchas de las inquietudes, conceptos y problemas que serían retomados y articulados de manera novedosa por los Estudios Culturales tenían una presencia, en ciernes y dispersa, en algunas zonas de la academia local. Como sucediera con Gramsci, tras la acogida más o menos explícita de los autores de Birmingham, muchos autores franceses ya difundidos localmente (Foucault, por ejemplo) fueron leídos o releídos de

manera original e innovadora. En este caso también el legado de los Estudios Culturales parece indiscutible pero a la vez no plenamente reconocido.

En cuanto a los autores, para nosotros Raymond Williams y Stuart Hall continúan estando entre los más estimulantes. La producción teórica de Williams, su lectura regenerativa de conceptos y categorías así como sus análisis empíricos, ha resultado en una de las revisiones y propuestas más fructíferas de la tradición marxista para pensar y estudiar la cultura. De Stuart Hall, por otra parte, es insoslayable la articulación de esta tradición y sus problemáticas con temas y conceptos ligados a otras líneas de estudio de la ideología, el análisis del discurso y la semiología. Sus producciones continúan siendo la inspiración para trabajos que reavivan los aspectos constitutivos del proyecto de Birmingham.

También, si pensamos en corrientes y autores, podemos señalar: momentos de virajes en las obras de Jesús Martín Barbero y García Canclini, las renovaciones de los estudios subalternos, así como de los debates sobre la colonialidad y el poscolonialismo. Es difícil imaginar un contexto más cosmopolita que el actual en el debate teórico, donde no sólo dialogamos con las principales corrientes de Europa y Estados Unidos, sino también con la India, el este Europeo y otras regiones. Al mismo tiempo, paradójicamente, hay una intensidad latinoamericana que también tiene otras características que en las épocas de los exilios.

¿Cómo definirían el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

Consideramos que la mejor manera en que los Estudios Culturales ayudan a pensar la relación y las eventuales tensiones entre cultura, economía y política está en el énfasis que llaman a poner en la constitución histórica de estas esferas o áreas de la vida social en tanto tales. Es decir, como paso previo a analizar las complejas relaciones entre ellas, los Estudios Culturales han enseñado a ver que las mismas no existen sino como constructos históricos, resultados de procesos sociales (que involucran, desde luego, pugnas y conflictos de poder). ¿Cómo, en una sociedad, se define qué es lo que conforma algo como “la economía”, “la políti-

ca” o “la cultura”? ¿Qué tipo de objetos, de acciones, de actores y de relaciones corresponden a una u otra “esfera”? Estas son, entonces, preguntas inaugurales, o bien una advertencia permanente para cualquier análisis social.

Las retóricas desplegadas en estos procesos permanentes de (re)definición y (re)delimitación de estas “esferas” pueden ser una puerta de entrada para tales análisis y, en lo inmediato, nos permiten brindar imágenes concretas para explicarnos mejor. Pensemos, por ejemplo, en la fuerza que cierta forma de economicismo neoliberal tomó luego del Consenso de Washington en América Latina. ¿Quién tenía autoridad para hablar de “la economía”? ¿cómo podían ser entendidas sus “leyes”? ¿cuáles eran materias propiamente económicas y cuáles eran expulsadas por sus efectos (“políticos”) contaminantes? Encontramos un segundo ejemplo en la forma en que más recientemente “la política” ha ganado terreno en el discurso de las cúpulas dirigentes de los Estados de varios países de la región: el tiempo de la política parece haber llegado o recuperado terreno, lo cual es comúnmente presentado como una suerte de respuesta al economicismo anterior. Por otro lado, vale recordar con un tercer ejemplo cómo “la cultura” ha vivido también un período de inflación y expansión: desde mediados de la década de 1980 y crecientemente hasta estos días, el movimiento indígena en varias zonas de América Latina ha incorporado y perfeccionado un discurso y unas estrategias de intervención en los cuales ocupa un lugar capital “la cultura” (su reivindicación, su defensa, su promoción). El proceso ha sido acompañado y fomentado por numerosas organizaciones no gubernamentales y organismos internacionales y, en la actualidad, en casi todos los Estados “la cultura” de los pueblos originarios (la diversidad, la interculturalidad) se presenta como el motivo y el objetivo de muchos programas y planes sociales, educativos, “culturales”. Los ejemplos podrían multiplicarse, y preguntas semejantes a las formuladas acerca de “la economía” podrían plantearse para “la política” o para “la cultura”. ¿Quiénes están interesados en que una u otra “esfera” opere como tal? ¿Quiénes tienen la capacidad para hacer que así sea? ¿Cuáles son las operaciones que sostienen esta separación de “áreas” de la vida? ¿Qué mecanismos de regulación social las acompañan?

Lo anterior es suficiente para mostrar que la separación entre estas “esferas”, sus componentes y factores internos, sus lógicas propias, etc. están en permanente elaboración, y que los límites entre ellas corren a cada paso el peligro de ser subvertidos. Que el *economicismo* neoliberal fue un fenómeno *político* e implicó un sinnúmero de políticas concretas no es una afirmación que requiera fundamentación. También se trata de un fenómeno *cultural*, no sólo en tanto afectó las formas de producción, circulación y consumo de “productos culturales”, sino en el sentido amplio de haber sembrado algunas ideas en el sentido común local (sobre “el trabajo”, “las inversiones extranjeras”, “el gasto público”) que no dejan de germinar. Por otro lado, cuando se reclama o se proclama “el tiempo de la *política*” no se oculta que se trata de hacer, entre otras cosas, política *económica*. Vale añadir que estas proclamas van de la mano de cierto modo de ejercicio del poder y la gestión política que es producto y a la vez consagración de cruciales aspectos *culturales*: los modos de comprender la autoridad, la tensión entre deliberación y ejecución, la idea misma de la representación, etc. En tercer lugar, es evidente que lo que los movimientos indígenas y las comunidades originarias hacen en nombre de “la *cultura*” es *política*, que puede dirigirse a propósitos bien diversos y hasta encontrados. Además, en torno de “la cultura” en estas contiendas también se ponen en juego *recursos* materiales de diverso tipo: junto con la defensa de la cultura suele ir la demanda de restitución de territorios ancestrales y de tierras, por ejemplo.

Varios autores clave (Williams, Hall, Dumont) han insistido explícitamente en la problematización de la separación entre “esferas” y han rechazado la reificación de esta separación. Ante preguntas puntuales acerca de la determinación o la preeminencia de una sobre las otras (que si la economía, que si la política o si la cultura) la respuesta más recurrente ha sido “depende” (Hoggart). Claro que en sociedades concretas el analista podrá reconocer, por poner un caso, el predominio de (cierta forma de) la economía y su lógica extendiéndose e impregnando el resto de la vida. De igual manera, podrá reconocer que el predominio de determinado ordenamiento religioso de la vida común permita y/o impida el desenvolvimiento de relaciones económicas específicas en otra sociedad concreta. Lo importante es que las eventuales respuestas acerca de esos predominios apenas pueden ser precisamente eso: respuestas situadas, y no

un punto de partida *a priori*. De acuerdo con estos autores, renovar el desafío de la pregunta acerca de las relaciones entre cultura, política, economía constituye uno de los primeros pasos para intentar echar luz sobre las formas específicas en que se regula la relación entre diferencias y desigualdades.

En ese sentido, sin embargo, en algunas ocasiones pareciera que paradójicamente los Estudios Culturales no asumen plenamente esta perspectiva para sí mismos. La edificación de la “cultura” como sector específico por el Estado o por organismos internacionales es performativa, coacciona a los “culturalistas” a aceptar límites tradicionales y muchas veces lo consigue. Los Estudios Culturales, como parte de nuestras sociedades, son interpelados como “esfera”, son coaccionados a actuar como tal y muchas veces (en algunos contextos casi siempre) trabajan sobre las artes altas y bajas, los medios, la raza y el género acompañados de algún comentario político, que da cuenta de las intenciones, pero no da cuenta de la imbricación ontológica de cultura-economía-política ni de la política que podríamos llamar antiesférica de los Estudios Culturales.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinariedad” que practican los Estudios Culturales? ¿Consideran ustedes que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hacen del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

La transdisciplinariedad se construye desde cierta tradición. En Argentina (y no sólo aquí) la principal vertiente que enriquece los estudios de la cultura proviene de intelectuales formados en letras (como Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Aníbal Ford, Susana Romano, Héctor Schmucler y tantos otros) que desde esa formación y un fuerte compromiso político abordaron, sin prejuicios academicistas, la producción cultural histórica y contemporánea, haciendo uso de herramientas metodológicas múltiples.

Ahora, una vez abierto el campo, los términos “correctos” son enunciados desde los lugares más diversos. La crítica crucial

a todo monoteísmo metodológico, no siempre conlleva un uso apropiado de los diferentes conceptos y herramientas disponibles. Para tomar un caso muy vigente, el uso de la etnografía ha provocado algunas airadas críticas de los antropólogos que pueden ir desde reacciones corporativas en algunos casos hasta motivos muy fundados en otros. No es tan difícil ser un buen semiólogo entre etnógrafos, ni ser un buen etnógrafo entre críticos literarios, pero nociones y métodos no siempre sostienen su validez en los cruces fronterizos que promovemos.

Hay más que un riesgo, un problema: la transdisciplinariedad como construcción no es la sumatoria de tradiciones distintas, sino una (contingente) combinatoria interpretativa útil y políticamente relevante. Se trata de un entretejido dificultoso, en el sentido de que exige eficiencia en campos muy diversos y que se presta a interpretaciones algo ligeras y poco fecundas.

Con la transdisciplinariedad como horizonte parece haber todo por ganar si se parte de asumir que esta presupone de alguna manera a las disciplinas. Los trabajos más instigadores en este sentido no resultan de una ignorancia de las disciplinas (en ocasiones resultan de un desconocimiento no ingenuo, es decir, de una impugnación de las mismas, lo cual es algo muy diferente a la ignorancia). La transdisciplinariedad, como los Estudios Culturales la han promovido, resulta de conexiones y diálogos que procuran ser, en lo posible, incómodantes y descolocadores, que provocan a las seguridades disciplinares (y disciplinarias) y que pueden abrir las preguntas y renovarlas. Al confrontar la cortedad de la historia de las disciplinas con la historia general de los saberes, los fetichismos epistemológicos, teóricos y metodológicos a los que conducen muchas enseñanzas disciplinares se muestran endebles. Pero al mismo tiempo, la fortaleza y la capacidad que las disciplinas han conseguido para “ordenar los discursos” (Foucault), así como las destrezas y capacidades desarrolladas por algunos de sus mejores representantes y por la experiencia común acumulada, advierten sobre una relevancia de las mismas que no puede simplemente desoírse. Parece necesario que el proyecto transdisciplinar asuma ambos puntos en su búsqueda de renovar la comprensión de lo social.

Un riesgo se detecta, consecuentemente, en lo que parece ser la elaboración de proyectos pretendidamente “transdisciplinarios” que desconocen las tradiciones bibliográficas, los modos de formular problemas y de ensayar resoluciones que se han dado las disciplinas en sus historias respectivas. Tales proyectos no pueden ni aprovecharse de los aportes de las disciplinas ni retar o hacer frente a las constricciones del disciplinamiento. Por el contrario, incluso a veces asistimos a la institucionalización de programas académicos que parecen postular un “más allá” de las disciplinas que no tiene (ni ha tenido) “más acá”. Eso aconteció en Argentina con algunas carreras de comunicación social que constituyeron, desde mediados de los años ochenta, un espacio clave de recepción de los Estudios Culturales. A pesar de las numerosas rupturas logradas, y a pesar de que existen valiosas excepciones, la potencia primera de las búsquedas transdisciplinarias de estas carreras pareció agotarse en un nuevo encierro cuasi disciplinar. De esta manera, el *mainstream* en la enseñanza y la investigación en ellas desemboca (una vez más) en el mundo de las industrias culturales y de los medios.

Por otra parte, como se mencionó en la respuesta a la segunda pregunta, en Argentina los Estudios Culturales han encontrado su lugar más o menos visible, más o menos influyente, dentro de las disciplinas tradicionales, y no existen programas de Estudios Culturales con ese título. Principalmente, pueden hallarse áreas, equipos de investigación o cátedras que se dedican a los Estudios Culturales en instituciones dedicadas a alguna de las ciencias sociales o de las humanidades “tradicionales”.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que les parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

Como en otras regiones, los Estudios Culturales se desplegaron en Argentina en buena medida en relación con preocupaciones vinculadas con los medios de comunicación y las culturas populares. Los aportes de los últimos años, sin embargo, tienden

crecientemente a abandonar las preguntas acerca de las influencias y la recepción de los medios, para pensar a estos como parte crucial de flujos de sentidos sociales que los trascienden y los incluyen. Así, desde las preguntas acerca de cómo los medios (como epicentro de lo simbólico) moldean lo social, se percibe un desplazamiento que conlleva el problematizar también el lugar de los medios. Esto no implicó, como en cierto recepcionismo noventista, relegar la pregunta por la hegemonía, sino más bien sofisticarla, abandonando previas reificaciones de los procesos productivos mediáticos y cierta sustancialización de las tradiciones narrativas de los sectores populares.

Una problemática clave es la de las migraciones y la circulación de personas en un contexto general de aceleramiento de flujos financieros y de capitales de distinto tipo a escala regional y global. Las migraciones contemporáneas actualizan cuestiones de ciudadanía así como de definición y redefinición de fronteras físicas y simbólicas. Como algunos/as autores/as han señalado esta problemática específica puede ayudarnos a echar luz sobre algunos de los temas generales que los Estudios Culturales abordan: la nación, la historicidad de las nacionalidades y la formación de campos sociales transnacionales, la relación entre etnia y nación (en los casos de migración indígena, por ejemplo), cuestiones de género (a propósito de lo que los estudios migratorios llaman “feminización” de las migraciones), etc. En Argentina, a la importante tradición de estudios migratorios, principalmente históricos, concentrados en la inmigración ultramarina, se agregó en los últimos quince años una serie de trabajos sobre migraciones regionales que introdujeron interrogantes encuadrados en aquellos temas generales, así como modos de abordaje que echan mano de aportes epistemológicos y metodológicos de los Estudios Culturales y de la antropología.

Por otra parte, los Estudios Culturales han restituido creativamente las preguntas (y los modos de preguntar) acerca de la “raza” y los procesos de racialización, generalmente en su articulación con la nacionalidad, la clase social y el género. En la Argentina de los últimos años algunas de estas preguntas comienzan a ganar importancia en los estudios académicos y en proyectos que procuran vincularse con las recientes o reanimadas orga-

nizaciones de “negros” afrodescendientes o inmigrantes. En un país en que la academia, como otras fuentes de discursos públicos institucionalizados, en términos generales no ha hablado el lenguaje de la “raza”, estas preguntas colocan desafíos teóricos y políticos de trascendencia.

Acaso sin conformar estrictamente problemáticas, pero constituyendo estrategias de problematización de cualquier fenómeno o proceso, resultan sumamente relevantes, por un lado, la pregunta sobre la historicidad de las categorías de clasificación social y su vínculo con estructuras y relaciones específicas y, por otro, la pregunta sobre la intersección de dimensiones de la diferencia y la desigualdad (clase, género, etnia, etc.). En este sentido vale recuperar no sólo los aportes de la perspectiva poscolonial sino también los desafíos que han colocado sobre la materia los estudios sobre sexualidades y los estudios *queer*.

Como señalamos antes, quizá uno de los principales desafíos consiste en que los Estudios Culturales desplieguen más plenamente su programa y dejen de pensarse a sí mismos como especialistas en “cultura”. Es poco lo que se ha contribuido a la comprensión cultural de la economía y las prácticas económicas, a los procesos de institucionalización y a las prácticas políticas. Los Estudios Culturales deberían lograr tornar sus problemas ya clásicos (lo popular, la diferencia, los medios) en los grandes problemas sociales, así como lograr que se abordara más sistemáticamente los grandes “problemas sociales” (la pobreza, la economía, las crisis, la gran política) desde los Estudios Culturales.

Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”. ¿Qué importancia y significado le dan ustedes a esta categoría?

En las tradiciones militantes locales usualmente se reproduce una separación entre el trabajo teórico y la práctica política. En las tradiciones académicas todavía se entremezclan nociones de prescindencia o neutralidad con otras que imaginan el trabajo intelectual con una instrumentalidad muchas veces *naïf* respecto de la práctica política. Desde nuestra perspectiva, la construcción de un problema de investigación, su estudio sin prejuicios políticos pero desde ciertas perspectivas ético-políticas, la preocupación genuina acerca de la relación entre conoci-

miento social y procesos políticos, hacen a las condiciones de una intervención vinculada a la vida social extraacadémica. Nos hemos desprendido de los compromisos con sujetos abstractos (“históricos”), pero no vamos a desprendernos del compromiso con la multiplicidad de subalternidades muy reales. Estudiar heterogeneidad y racialización en un país que aún vive en un imaginario europeísta es en sí misma una intervención, siempre y cuando los resultados de ese trabajo no pretendan ser meramente una acumulación de puntajes academicistas. Estudiar relaciones entre el fútbol y la nación, formas de estigmatización, formas de protesta, clientelismos emergentes, y muchas otras cuestiones, permite pensar la práctica intelectual en su imbricación sociopolítica, interviniendo en escenarios educativos, organizacionales, mediáticos, estatales o muchos otros. En el contexto actual, pensar la producción de conocimiento como separable de la vida social es ignorar el dato de que los actores sociales interpretan y usan esos conocimientos. Pero el proyecto no consiste en intervenir por *default*, ni intervenir como fundamento de lo no problematizado, sino en reponer las contingencias de los modos de imaginar, sentir, significar y actuar, para poder, junto con otros, evaluar las estrategias que apuntalen las tendencias corrosivas respecto de la consolidación de la hegemonía.

¿Qué relación establecen entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

Nuevamente, la relación entre políticas públicas y cultura puede ser pensada desde dos matrices que hoy conviven. La corriente principal considera, con suerte, a los Estudios Culturales como un insumo relevante para la formulación de políticas artísticas, de promoción cultural, de acceso a la cultura, de construcción de ciudadanía desde la cultura, de democratización del reconocimiento y, excepcionalmente, en la definición de políticas sobre medios e industrias culturales. Excepcionalmente, porque mientras se han formulado estrategias hegemónicas complejas para dar con la cultura aquello que se quita con la economía, proponiendo un pacto de reconocimiento de las particularidades que no intervengan sobre generalidades (y el multiculturalismo neoli-

beral es el ejemplo más elocuente), ya cuando se habla de medios empieza a hablarse de empleos, producción, sindicatos, elecciones, exportación, soberanía y cosas por el estilo. En esa tensión se debaten los límites de la “gestión y autogestión cultural”, donde unos plantean el recorte al sector cultural del Estado y los centros culturales barriales, y otros los extienden a los grandes medios e industrias culturales, afectando otros intereses. Nos gustaría enfatizar, todavía, una segunda matriz, que nos quita del sector cultural: el problema de la cultura de la gestión y la autogestión, el problema de las dimensiones culturales de los planes económicos, de las políticas alimentarias y de vivienda, de los planes de empleo y los subsidios a la indigencia, el problema de la cultura de la autogestión de las organizaciones no (explícitamente) culturales. La cultura no tiene un lugar, ni un sector, ni una esfera. Es el lugar de la desesferización porque, nos guste o no, cuando un sindicato reclama restricción de la inmigración por el aumento del desempleo, cuando se instituye como evidente una noción de desarrollo o de ciudadanía, se debate acerca de las relaciones entre cultura y hegemonía.

Gonzalo Portocarrero y Víctor Vich

Maestría de Estudios Culturales
Pontificia Universidad Católica del Perú
Lima, Perú.

Si tuvieran que formular una definición de los Estudios Culturales como un campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que ustedes señalarían como constitutivos de su proyecto y visión?

Hay tres ideas que definen nuestra visión sobre los Estudios Culturales: opción interdisciplinaria, pregunta sobre el ejercicio de poder y voluntad de articulación política.

En nuestro programa nos preguntamos por el rol que la cultura está jugando en la sociedad contemporánea, vale decir, por la centralidad que esta ha adquirido en un momento de la historia en que las representaciones son consustanciales a la reproducción del sistema y a la producción de valor. El axioma es el siguiente: la cultura no solo “refleja” a la sociedad sino que también *la crea y la constituye* y por tanto debe ser estudiada *por lo que produce*, vale decir, por sus efectos en la realidad.

Definimos entonces a los Estudios Culturales como un proyecto que no se atrinchera en las disciplinas tradicionales, que va siempre en busca de nuevos objetos de estudio, que se ha propuesto renovar las visiones de los objetos tradicionales y que ha optado por un tipo de crítica cultural donde resulta trascendente articular lo simbólico, lo económico y lo político.

En suma: entendemos la cultura como un terreno de lucha por la hegemonía. Seguimos observando sociedades desiguales y cada vez más fragmentadas. Por lo mismo, nos interesa entender a la cultura como un lugar central donde aquellas desigualdades y jerarquizaciones son establecidas y se legitiman pero también donde pueden ser interrumpidas o cuestionadas desde múltiples estrategias.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que ustedes incorporan a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, les parecen más significativos y estimulantes?

La Escuela de Birmingham, así como la herencia francesa vía Roland Barthes, ha llegado a nosotros de diversas maneras. En algunos casos directamente pero también mediatizada por los autores latinoamericanos que han venido haciendo Estudios Culturales en las últimas tres o cuatro décadas. Para nosotros ha sido muy importante el trabajo de Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini y Beatriz Sarlo, entre otros.

Hoy en día nuestras opciones teóricas se constituyen, sobre todo, desde la opción por construir una “caja de herramientas” y no tanto desde una escuela particular o desde una postura académica autosuficiente. La deconstrucción, los posmarxismos actuales, la crítica poscolonial, los estudios subalternos, la herencia de Freud y Lacan, las perspectivas de género y la voluntad hacia el trabajo etnográfico constituyen buena parte de nuestro bagaje conceptual.

¿Cómo definirían el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

La cultura no es un entretenimiento evasivo, ni tampoco una sofisticación de las elites. Es, ante todo, una dimensión insoslayable de lo social. Desde ahí partimos por cuestionar que la economía y el mercado sean el centro del mundo social. Constatamos que esta pretensión es ideológica en tanto esconde o naturaliza relaciones de poder. Es decir, sostenemos que el economicismo actualmente instalado es un hecho cultural en tanto implica la hegemonía de una virtualidad que hace invisibles otras posibilidades. Por ejemplo, el hecho decisivo de que el neoliberalismo suponga una subjetividad definida por el deseo de acumulación y por el cálculo costo-beneficio es un supuesto producido desde la cultura mediante la educación. Y sin esta organización de los deseos sería imposible que la economía tendiera hacia la acumulación indefinida en base a la expectativa de rentabilidad.

Sostenemos que hemos comenzado a experimentar un período de crisis del economicismo y, correlativamente, una creciente toma de conciencia en torno a la importancia de lo cultural. Los síntomas abundan: muchos consumidores optan por mercancías certificadas de salarios justos. De otro lado, crece el consenso ciudadano en torno a la necesidad de frenar, o regular, el ansia especulativa que es la raíz de las burbujas financieras y las crisis. Y, más decisivamente, la idea de un crecimiento indefinido, basado en el consumismo y la creación de necesidades, comienza a ser cuestionada como insensata y potencialmente catastrófica en términos del equilibrio ecológico del planeta. Y también se apela a la cultura y los valores como medio para frenar la corrupción. Por último, la idea de cultura como desarrollo humano emerge como posibilidad para llenar la insatisfacción a la que el consumidor está condenado. En ese sentido, todo hace pensar que el papel de la cultura irá creciendo en importancia en los próximos años. La crisis económica actual podría iniciar la descomposición de la subjetividad consumista que está en su base. En este contexto se impone con urgencia una reflexión sobre el rol que la cultura juega en este cambio de época que hemos comenzado a experimentar.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinarietà” que practican los Estudios Culturales? ¿Consideran ustedes que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hacen del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

Nosotros partimos por localizar nuestra herencia en la tradición ensayística peruana, especialmente en Mariátegui quien en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, consiguió producir notables articulaciones entre reflexiones políticas, económicas y culturales: si su primer ensayo se titula “Esquema sobre la evolución económica”, el último refiere al “Carácter de la literatura del Perú independiente” lo cual da cuenta de un astuto proyecto interdisciplinario del que nos sentimos parte.

Lo que queremos decir es que siempre existió en el Perú una importante tradición de estudios de la cultura. Más allá de

que ya no podamos compartir muchos de los presupuestos teóricos con lo que trabajaron, lo cierto es que si quisiéramos fijar un canon de herencias, tendríamos que mencionar a nombres como Manuel Gonzáles Prada, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Jorge Basadre y José María Arguedas. Más recientemente, el trabajo de Alberto Flores Galindo tuvo un impacto significativo en nosotros por su opción de articular los sueños privados y el funcionamiento del poder político. Los libros de Antonio Cornejo Polar y su idea última de la “heterogeneidad no dialéctica” han sido centrales para pensar el proceso actual de la cultura peruana.

En suma: todas estas personalidades intervinieron desde la opción por integrar diversos saberes y contribuir a cambiar la realidad. Casi todos escribieron desde una urgencia que no estuvo necesariamente enmarcada en una disciplina académica. Es decir, sus principales textos hoy corresponden al “ensayo de ideas”, caracterizado por una vocación de síntesis y una enunciación personal pero, sobre todo, por una impronta política en el sentido más amplio de la palabra. En nuestra opinión, sus obras han sido decisivas en la definición de las maneras en que los peruanos pensamos nuestra realidad social.

Pensamos que el peligro actual de los Estudios Culturales tiene que ver, hasta cierto punto, con el reverso de su potencia. En efecto, la interdisciplinariedad puede llevar a la apertura hacia nuevos horizontes de inteligibilidad pero también al diletantismo. En el mismo sentido, su énfasis en los nexos para construir sus objetos de estudio implica el regreso a una perspectiva totalizante cuya fecundidad exige también la erudición pues de otra manera se arriesga la descontextualización y el exotismo.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que les parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

En el Perú, uno de nuestros temas principales ha sido la vigencia del *autoritarismo* que reafirma el principio de que no todos tenemos iguales derechos. En muchos sentidos seguimos siendo

una sociedad estructurada por el vínculo colonial. Pero desde luego las cosas siguen siendo mucho más complicadas: la democratización de las últimas décadas ha hecho grandes progresos, el racismo está arrinconado y el sentimiento de igualdad adquiere cada vez más fuerza pero también es cierto que la toma de conciencia de “tener derechos” no ha llevado a una democratización de las oportunidades, ni menos aún a una redistribución efectiva del ingreso. Tampoco a un mayor compromiso con los deberes ciudadanos. De allí el malestar social, el permanente sentimiento de exclusión de muchos y la lógica violentista de varios de los nuevos movimientos sociales. Más allá que efectivamente sea un legado histórico, definimos al autoritarismo como la manera con la que se trata de suplir la falta de un verdadero orden democrático.

La *corrupción* es otro de los temas que hemos venido discutiendo más allá del criterio moral. La corrupción, que es una manera que tienen los gobernantes y ciudadanos de relacionarse con la ley, está profundamente entrelazada en la cultura política peruana y casi podríamos decir que se trata del “aceite” que “lubrica” la maquinaria de las instituciones públicas en el Perú. Se ha vuelto sin duda una de las condiciones que hacen posible la débil gobernabilidad que hemos alcanzado como país. La corrupción, en suma, implica la privatización de lo público y la construcción de un vínculo clientelista, con el consiguiente rebajamiento del ciudadano a la condición de súbdito y cómplice.

Otro tema de nuestro interés ha sido la actual *hegemonía del neoliberalismo* en el Perú. Notamos que el advenimiento de esta nueva versión del *laissez faire* no ha traído consigo una ruptura con la corrupción ni tampoco con la tradición autoritaria. Por el contrario, no sólo no ha habido época más corrupta en el país que cuando se instauró el neoliberalismo sino que, además, él parece traer consigo una actitud autoritaria que pretende convertirse en el único fundamento de la gobernabilidad. Aunque el crecimiento económico de los últimos años implica una capitalización sin precedentes en la historia peruana, es un hecho que la exclusión de vastos sectores sociales permanece. Sostenemos que la hegemonía neoliberal significa sobre todo tres procesos: la subordinación de la política a la administración, del desarrollo humano a la acumulación de capital y de la justicia social al crecimiento económico.

En ese sentido, la pregunta por las *industrias culturales* ha sido muy recurrente en nuestras investigaciones. Las entendemos como dispositivos de producción de subjetividades y como agentes centrales en la reproducción social. Es de notar que el sujeto contemporáneo ya no se forma ni en la familia ni en la escuela sino, fundamentalmente, a partir de las industria culturales, es decir, se constituye viendo televisión, escuchando música, yendo al cine, decodificando los anuncios de publicidad y leyendo revistas o periódicos. Más allá de la agencia en la recepción y de las múltiples negociaciones que los ciudadanos activan frente a ellas, es ahí donde hoy en día se produce la “educación sentimental” de las subjetividades y donde se moldean los valores y las ideologías sociales. Es decir, las industrias culturales definen buena parte de los sentidos comunes existentes y pueden entenderse como grandes maquinarias encargadas de “producir” deseos acordes al espacio significativo de valorización del capital.

En ese sentido, un tema de interés para nosotros ha sido el problema de *la interculturalidad* pues en el Perú existe un tiempo denso marcado por la coexistencia de lo que en otras realidades ha sido más bien lineal y sucesivo. Acá observamos la articulación conflictiva entre diversas epistemologías culturales. En el Perú el discurso intercultural reivindica espacios de reconocimiento para el mundo andino, para las culturas de la selva y para sus prolongaciones urbano-populares. Este discurso pretende la igualdad en la diferencia y llama la atención sobre la importancia los procesos contemporáneos de hibridaciones culturales.

Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”. ¿Qué importancia y significado le dan ustedes a esta categoría?

No hay Estudios Culturales sin vocación política: la misma producción de conocimiento reclama intervenir en la realidad para democratizarla. Desde ahí, nos interesa diferenciar diferentes tipos de intervenciones en las que nos sentimos comprometidos. La primera es una *intervención académica*, vale decir, una apuesta por comenzar a reorganizar la universidad desde opciones interdisciplinarias más involucradas con el análisis del funcionamiento del poder en la sociedad. La segunda es una *intervención educativa* concentrada en la formación de nuevos profesionales y en el apor-

te de investigaciones inéditas sobre la realidad social. La tercera es una *intervención pública* pues nos interesa trascender el espacio de la universidad e involucrarnos con distintos actores sociales: el periodismo, el artículo de opinión, las ONG, los proyectos de desarrollo, los movimientos sociales, la función pública, la propia actividad política.

¿Qué relación establecen entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

Una buena gestión cultural, un buen proyecto de política cultural es aquel que tiene un conjunto de presupuestos teóricos acerca de *cómo y desde dónde* intervenir. Žizek lo ha explicado así:

Esto da la clave de cómo debe conducirse una verdadera “revolución cultural”: no apuntando directamente a los individuos, intentando “reeducarlos,” “cambiar sus actitudes reaccionarias” sino más bien privar a los individuos del apoyo en el “gran otro”, en el orden simbólico institucional¹.

Cualquier proyecto de política cultural debe, por tanto, asentarse sobre la centralidad de lo simbólico en la estructuración de las relaciones sociales para realizar desde ahí sus más firmes apuestas: la crítica al neoliberalismo, la denuncia de las segmentaciones clasistas, raciales y sexuales existentes, la deconstrucción de la cultura autoritaria, la opción intercultural y la crítica de la desigualdad económica. En ese sentido, pensamos que los Estudios Culturales tienen, como reto central, la elaboración –cada vez más incisiva– de políticas culturales que son, en última instancia, nuevos proyectos políticos en el sentido más general.

¹ Žizek, Slavoj. *A propósito de Lenin. Política y subjetividad en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Atuel, 2003: 147.



Mareia Quintero Rivera

Maestría en Gestión y Administración Cultural,
Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.

Si tuviera que formular una definición de los Estudios Culturales como un campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que usted señalaría como constitutivos de su proyecto y visión?

Me parece más interesante pensar los Estudios Culturales como proyecto o tradición intelectual que como campo de estudio, aunque puedo ver la importancia estratégica de definirlos como tal en el marco de ciertas coyunturas o contextos institucionales. De hecho, creo que en el momento actual donde se plantean opciones bastante contrapuestas de hacia dónde deben dirigirse las universidades, particularmente las públicas, los Estudios Culturales pueden ser un lugar desde donde proponer nuevos modos de producción del conocimiento, repensar las relaciones entre academia y sociedad, provocar el diálogo entre saberes diversos, entre teoría y práctica social. Creo que la reflexividad es una de las características más valiosas de los Estudios Culturales y nos permite concebirlos como un proyecto siempre abierto. Los Estudios Culturales se han pensado como tal a partir de la reflexión continua sobre la propia práctica académica, sobre la investigación, sobre el debate, sobre la renovación conceptual y epistemológica. No parten de una tradición de tesis, dogmas o manifiestos. Aunque los haya habido, me parece que de alguna manera le son ajenos. En ese sentido, creo que los Estudios Culturales han servido como un espacio intelectual polifónico desde donde explorar lo social a partir de la complejidad, incluyendo la relación a veces tensa entre producción de conocimiento, posicionamientos políticos, práctica social y vida cotidiana.

Entre las múltiples definiciones que se han dado de los Estudios Culturales, me gusta una que articula Néstor García Canclini aludiendo a su proyecto inicial como “lecturas transdisciplinarias sobre los compromisos ocultos entre cultura, economía y poder”. Creo que esa frase condensa gran parte de los consensos en torno a los Estudios Culturales y a su intento de provocar miradas transversales de la realidad social en las cuales lo cultural se presenta como un elemento constitutivo y no meramente como un ámbito autónomo o como un reflejo de las estructuras sociales. Esta noción de cultura –tan bien articulada en los escritos de Raymond Williams como el ámbito de las significaciones en la vida social– plantea a su vez un posicionamiento de los Estudios Culturales, por un lado frente a la tradición humanística y, por otro, frente al marxismo y su impronta fundamental en las ciencias sociales. La transdisciplinariedad de los Estudios Culturales se concibe a partir de una mirada crítica a las limitaciones conceptuales de las disciplinas, más que como mera incorporación de estrategias metodológicas diversas. Vista como un desplazamiento de las tradiciones disciplinares, como una mirada a sus fisuras, a sus resquicios, la transdisciplinariedad también sería una característica constitutiva de los Estudios Culturales.

Si circunscribiésemos los referentes teóricos del campo de los Estudios Culturales a aquellos autores que han definido su trabajo dentro del mismo estaríamos ante un panorama no sólo limitado sino posiblemente falto de coherencia. De hecho, creo que uno de los aspectos que proporcionó consistencia al proyecto inicial de los Estudios Culturales (me refiero aquí a la Escuela de Birmingham) fue la revisión e incorporación de conceptos y planteamientos de pensadores que les precedieron –como Gramsci– y, posteriormente, la porosidad para incorporar las propuestas de intelectuales coetáneos que no necesariamente elaboraron sus planteamientos adscribiéndose el mote de Estudios Culturales. Pensando *desde* el Caribe y América Latina, creo que valdría la pena alargar las genealogías teóricas de nuestros Estudios Culturales. Me parece que hay matrices de pensamiento social, político, cultural que pueden hacer aportes sustantivos a la comprensión de los dilemas del siglo XXI. Sin embargo, recuperar tales matrices

para los Estudios Culturales requiere un diálogo profundo con las mismas, el cual entiendo se ha visto condicionado por el marcado eurocentrismo de nuestra academia. No basta con incluir a Frantz Fanon o a Fernando Ortiz en nuestras antologías. Más que reiterar sus certezas o puntualizar sus lagunas, entiendo que se trata de “entender a qué pasiones corresponden los enunciados”, como ha dicho el crítico puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones. Con esto quiero decir que me parece crucial indagar en los dilemas a partir de los cuales Fanon, Ortiz, la puertorriqueña Nilita Vientós y muchos otros intelectuales de la región han concebido sus planteamientos sobre el lugar de la cultura en nuestras sociedades, así como examinar los desplazamientos conceptuales que emprendieron frente a coyunturas de profundas transformaciones sociales e ideológicas.

Si he hecho hincapié en la posibilidad de profundizar la interlocución con matrices del pensamiento cultural de la región, es porque concibo los Estudios Culturales como un proyecto intelectual que requiere del pensar en colectivo. Una empresa que no sólo necesita del intercambio con los contemporáneos sino que podría enriquecerse tremendamente de la conversación con la historia intelectual de la región. Vista en el contexto actual, esta porosidad de los Estudios Culturales, como tradición abierta, tendría que extenderse más allá de la academia, a saberes y lógicas de pensamiento inscritas en diversas prácticas culturales y enunciados a través de una multiplicidad de lenguajes expresivos. En ese sentido me parece interesante la *ecología de saberes* que propone Boaventura de Sousa Santos a partir del reconocimiento de la diversidad epistemológica del mundo y de la urgencia de crear inteligibilidad en la pluralidad. La porosidad de los Estudios Culturales como una característica que me ha parecido importante acentuar de ninguna manera debe interpretarse como un llamado al eclecticismo. Pues esta se da sobre la base de un sustrato común, que es la preocupación por entender cómo se articula, dónde se inscribe, con qué rostros se encubre, por qué rutas transita y cómo se moviliza el poder en las tramas sociales, así como la incomodidad con tal estado de situación y el deseo de transformarlo.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que usted incorpora a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, le parecen más significativos y estimulantes?

El hecho de haberse forjado en el corazón industrial de Europa al calor del torbellino de las profundas transformaciones sociales y culturales que estaban en marcha, permitió a los fundadores de la Escuela de Birmingham observar procesos emergentes en los que luego nuestras sociedades podrían de alguna manera reconocerse, a pesar de las diferencias fundamentales en los modos en que se instaló la llamada modernización en América Latina. El rigor de sus observaciones, fundamentadas en investigaciones abarcadoras, así como una actitud osada a la hora de producir formulaciones teóricas, generaron un cuerpo conceptual que casi a medio siglo de distancia continúa provocando reflexiones fecundas. Como historiadora, uno de los elementos que más me seduce de esta tradición es su modo de servirse de profusas indagaciones históricas para responder a preguntas sobre dilemas culturales contemporáneos. Ya en la primera pregunta hice referencia a otros aspectos de ese legado que entiendo tienen una gran vigencia, como la recuperación de Gramsci y la porosidad para incorporar dispositivos conceptuales que se fueron gestando en paralelo o posteriormente, como los que se desprenden de los trabajos de Bourdieu, Foucault y Said, entre muchos otros; los vínculos con la práctica social y la contestación política; y el sentido de incomodidad con la rigidez y ensimismamiento de la academia. Mención aparte merece el legado específico de Stuart Hall y su incorporación del colonialismo y del racismo como ejes fundamentales de reflexión. En buena medida, Hall ha sido un puente entre los Estudios Culturales y otras configuraciones del pensamiento crítico contemporáneo en torno a las relaciones entre cultura y poder, como lo son la crítica postcolonial, los estudios de la subalternidad y de la colonialidad.

En el interés de comprender las matrices ideológicas y conceptuales de las políticas culturales en el mundo caribeño-brasilero, durante varios años me dediqué a investigar los escritos sobre música de Alejo Carpentier y Mário de Andrade, dos

figuras marcantes en la conformación de imaginarios nacionales en Cuba y Brasil, respectivamente. Las concepciones de Hall en torno a la identidad como *posicionamiento* y su mirada hacia las rutas identitarias –más que hacia las raíces– en el análisis de la experiencia diaspórica de los afrodescendientes, me ayudaron a dirigir mi investigación hacia los desplazamientos de los sentidos de *cubanidad* y *brasileñidad*. La consolidación de visiones hegemónicas de lo nacional que proyectasen el tránsito a la modernidad en el Caribe y Brasil pasó por una rearticulación de los discursos y prácticas de interrelación social y cultural en torno a lo que he llamado el *Otro interior*. En alusión a la experiencia colonial, particularmente caribeña, Hall argumenta que parte de su carácter traumático radica en que los regímenes coloniales tuvieron el poder de hacernos mirar y vivenciar a nosotros mismos como *Otros*. Esta idea me llevó a explorar nuevas dimensiones de ese *Otro interior*, ya no sólo como aquellas articuladas por los letrados frente a grupos sociales que no encajaban bien en sus concepciones de modernidad, sino también como esa *compulsión interna* de la que habla Hall y que intelectuales como Carpentier y Andrade se esforzaron por descifrar y metaforizar en su obra creativa.

Los trabajos del crítico puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones y del cubano Rafael Rojas me parecen particularmente estimulantes por sus finas lecturas de las tradiciones intelectuales caribeñas y su lugar en las configuraciones culturales y políticas de la región. En el caso de Díaz Quiñones, su temprano diálogo con los escritos de Edward Said, Partha Chatterjee y Ashis Nandy, entre otros, proveyó una importante esfera de interlocución entre las problemáticas del Caribe hispano y las elaboraciones teóricas de la llamada crítica postcolonial, contribuyendo no sólo a la transdisciplinariedad de los Estudios Culturales de la región, sino a cimentar avenidas de conversación transcontinental. Shalini Puri ha aportado sugestivos abordajes a las relaciones entre el pensamiento cultural, las configuraciones de lo nacional y los desafíos de la desigualdad social en el Caribe, proponiendo una articulación necesaria entre las poéticas de la hibridez y las políticas de la equidad. En cuanto a la teorización de lo nacional, me parece interesante la perspectiva que Alejandro Grimson llama

de *experiencialista*, proponiendo indagar en las sedimentaciones de la experiencia histórica que generan sentidos de lo colectivo. En una coyuntura marcada por la polaridad entre discursos nacionalistas que obliteran la complejidad de las formas de vivenciar la nación y una postura no menos simplista que descarta lo nacional como elemento estructurante de la experiencia colectiva contemporánea, los autores antes citados parecen compartir la urgencia por comprender los dispositivos que configuran la nación en el interés de abrir avenidas hacia nuevas políticas de ciudadanía.

Otro de los desafíos que me parecen prioritarios para los Estudios Culturales desde América Latina es el de profundizar en la reflexión en torno a sus propios acercamientos epistemológicos y el legado del eurocentrismo. A partir del concepto de *colonialidad*, acuñado por Aníbal Quijano, se vienen produciendo estimulantes análisis de las formas en que se inscriben las perspectivas eurocéntricas en los saberes con los cuales se ha pretendido explicar la experiencia social. Las prácticas musicales constituyen uno de los ámbitos en que se han generado sugerentes lecturas del universo de *relaciones materiales e intersubjetivas* producidas, según Quijano, con la constitución de América y de un nuevo patrón de poder mundial. Los trabajos de Ángel G. Quintero Rivera, Rafael J. de Menezes Bastos, Paul Gilroy y Ana María Ochoa, entre otros, exploran las tramas musicales de la conformación de sociabilidades inscritas en el diálogo de las culturas latinoamericanas con la modernidad occidental. Los Estudios Culturales se enriquecen con el análisis de otros lenguajes en que dimensiones como la estética y la emocional participan significativamente en la configuración de identidades. Estos trabajos apuntan a cómo la propia música de tradición occidental, la llamada *música clásica*, contruye su *ethos* racionalizador por contraste a músicas *otras*. En el examen de los modos de producción del poder y del saber desde el lenguaje y las prácticas musicales, la noción de *colonialidad* puede expandirse a otros registros de las relaciones sociales, como la sexualidad y las relaciones entre géneros. En el trabajo de Susan McClary, la indagación de las construcciones de género en la música clásica se vincula a la reflexión en torno a las subjetividades occidentales fundadas en el colonialismo.

He limitado estos comentarios a algunos de los autores que exploran los dominios que han guiado mis propias investigaciones, como las configuraciones identitarias y las relaciones entre la música y lo social. Sin embargo, considero que hay aportaciones muy estimulantes dentro de los Estudios Culturales contemporáneos en torno a asuntos de enorme relevancia como las transformaciones en el espacio público, los desafíos de la democracia, los flujos comunicacionales, las migraciones y la interculturalidad, entre otros.

¿Cómo definiría el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

Creo que el lugar de la cultura siempre ha sido un lugar político, aunque se hayan operado cambios profundos en los modos y los medios a través de los cuales se estructura esa relación. Creo que para entender tales articulaciones en la contemporaneidad es preciso no perder de vista los procesos de larga duración. Esa paradoja de lo cultural como una zona donde ciertos trazos pueden ser tan poderosos y duraderos que parecen permanentes y, por otro lado, como un ámbito de cambios vertiginosos, me parece siempre un desafío teórico. En ese sentido, pienso que una de las tareas de los Estudios Culturales es su contribución a desnaturalizar ciertos imaginarios simbólicos cimentados en procesos sociales de larga duración y que siguen teniendo un peso sustantivo en las formas en que se configuran no sólo las relaciones sociales, sino nuestro trato con la naturaleza. El proyecto neoliberal funda su hegemonía sobre la base de la legitimación de diversas modalidades de desigualdad, en su mayoría ancladas en esos imaginarios de larga duración. Me parece que no sólo es crucial detectarlos, sino comprender más allá de sus estrategias discursivas, cómo se inscriben en la práctica social, cómo se relacionan con los movimientos del capital y finalmente cómo podemos proveer criterios alternos que nos permitan como colectividades interpretar nuestra experiencia social de otras maneras y, en base a ellas, cimentar prácticas más empáticas y solidarias.

En el Caribe existe una consistente tradición intelectual que ha leído la resistencia en clave cultural. Creo que el interés temprano de los Estudios Culturales en las prácticas cotidianas

como espacio de configuraciones culturales contestatarias –presente, por ejemplo, en los trabajos de Raymond Williams– ha servido de referente en el examen de los grupos subalternos y en la valoración de lo que hoy llamamos su *agencia* social. A pesar de que la impronta de lo cultural es evidente y ha sido reconocida en el análisis de las diversas modalidades de resistencia –desde la rebeldía esclava, pasando por las luchas obreras, los movimientos feministas y la resistencia anticolonial, hasta los nuevos movimientos sociales, ambientalistas, comunitarios, por la diversidad sexual, antineoliberal, entre otros– me parece que todavía no se le ha prestado suficiente atención al lugar de la estética y de lo simbólico en la conformación de imaginarios alternos. En la coyuntura actual, cuando el desgaste del modelo de desarrollo en el Caribe colonial está provocando una crisis social sin precedentes –de la cual la huelga general en Guadalupe a inicios del año 2009 y la intensificación de la protesta ciudadana en Puerto Rico son manifestaciones palpables– me parece vital investigar el campo de posibilidades que se abre a nuevas configuraciones de cultura política y el lugar de lo estético en el desplazamiento hacia formas más democráticas y plurales de contestación social.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinariedad” que practican los Estudios Culturales? ¿Considera usted que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hace del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

El valor que aún veo en las disciplinas radica en las genealogías teóricas que las han conformado y en el hecho de que constituyen campos de interlocución en los cuales las problemáticas pueden ser discutidas a partir de un lenguaje común. Además, desde las disciplinas, se desarrollaron y refinaron estrategias metodológicas que han producido formas muy elaboradas de relacionamiento crítico con los procesos sociales y culturales. La investigación histórica, la etnografía, el análisis textual, por ejemplo, constituyen abordajes extremadamente valiosos que se nutren de una extraordinaria historia intelectual generada en buena medida dentro del ámbito de las disciplinas.

Dicho esto, creo que las disciplinas son también responsables, en parte, del sentido de intrascendencia que se ha instalado en la cultura académica. La departamentalización de los saberes ha generado, en algunos casos, un ensimismamiento teórico totalmente nocivo frente a la necesidad de responder a los enormes desafíos que presenta la contemporaneidad. Por otro lado, la idea de que el conocimiento debe producirse ordenadamente y dentro de unos marcos de autocontrol o de *disciplinamiento* del pensar responde a una racionalidad occidentalista que ha negado consistentemente la subjetividad y las emociones en la producción del conocimiento. Es interesante constatar cómo la buena creación literaria y artística, validando la intuición, logra elaborar y transmitir lecturas muy finas y sugerentes de la realidad, mientras la investigación social tiende a limitar el horizonte de sus preguntas. Con esto no quiero sugerir la intrascendencia de la investigación o la renuncia a sus métodos. Al contrario, me parece necesario revalidar su pertinencia y valorar no sólo las afirmaciones que logre apuntalar, sino también las sospechas que pueda aventurarse a enunciar.

Entiendo la transdisciplinariedad como un primer paso hacia quebrar la circularidad del conocimiento académico. Un impulso que debe ir de la mano de la búsqueda por generar diálogos translingüísticos, transculturales, transcontinentales, así como con diversas lógicas comunitarias del saber. Los riesgos que comporta me parece que van en dos direcciones. Por un lado, el considerarla como un valor en sí mismo y pretender hacer *tábula rasa* con las disciplinas me parece una equivocación de grandes proporciones. El sentido de la transdisciplinariedad está en elucidar problemáticas que se escapan del ojo disciplinario, iluminar sus fisuras, o proponer nuevas interrogantes. En modo alguno debe verse como un catálogo de herramientas metodológicas a usar indiscriminadamente. El otro riesgo que veo en la transdisciplinariedad es su posible institucionalización como un nicho adicional dentro de la academia, creando una especie de *zona de confort* que debilite el cuestionamiento necesario a la departamentalización de los saberes y estanque las posibilidades de transformaciones de mayor envergadura en nuestra relación con la producción de conocimientos.

En la Universidad de Puerto Rico, a pesar del compromiso expreso en documentos institucionales recientes con estimular la *interdisciplinariedad*, la realidad administrativa constituye un obstáculo continuo a la consecución de tales objetivos. La interdisciplinariedad en nuestra institución se concibe principalmente como un espacio para el tránsito de los estudiantes por diversos campos del saber. En ese sentido el currículo académico propende bastante a esa movilidad. Sin embargo, la adscripción de los docentes a departamentos que responden a las divisiones disciplinarias exige una lealtad laboral que acaba siendo onerosa para aquellos que buscan la transdisciplinariedad en su labor docente e investigativa. En ese sentido programas transdisciplinarios como la Maestría en Gestión y Administración Cultural se sostienen a partir del interés y el compromiso de un profesorado que está dispuesto a asumir cargas adicionales en el marco de sus responsabilidades universitarias. Ante la severa crisis financiera que se avecina en nuestra universidad pública, estará por verse cuáles son los nuevos acomodos para los Estudios Culturales y para la transdisciplinariedad en una cultura institucional que ha probado ser extremadamente resistente al cambio pero que irrevocablemente está llamada a asumirlo.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que le parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

Esta es una pregunta crucial en la reflexión no sólo de los Estudios Culturales sino del sentido mismo de la teoría. Quiero comenzar sugiriendo que los modos en que teoría y práctica social pueden retroalimentarse son múltiples y debemos valorarlos en su diversidad. Incluso porque los propios actores no somos unívocos. A partir de mi experiencia tanto en Puerto Rico como en Brasil, observo en el sector cultural una gran polivalencia de personas que transitan entre la creación, la gestión, la investigación, el activismo, la educación popular o al menos entre algunos de dichos ámbitos. No quiero decir con esto que tal *praxis* no pueda llegar a ser problemática o que no genere impasses po-

líticos o conceptuales. Pero, de modo general, contribuye a crear esferas de permeabilidad entre teoría y práctica, las cuales son imprescindibles para trascender las fronteras de la crítica y la protesta. Creo que tanto a nivel local como global estamos en una coyuntura en que, éticamente, resulta apremiante tomar en serio el imperativo de construir alternativas.

Antes he aludido a la urgencia de desnaturalizar ciertos imaginarios anclados en la experiencia colonial y desvendar las múltiples formas de opresión, evidentes o solapadas, que operan en nuestra sociedad sustentadas por dinámicas institucionalizadas de reproducción de las desigualdades. Quiero aprovechar esta pregunta para destacar la importancia de que dicho esfuerzo analítico se traduzca en un lenguaje público. Esto requiere de la movilización de competencias que no son estrictamente las académicas y en esa medida exige de un trabajo colaborativo. Poner a circular criterios alternos a los que sustentan las hegemonías vigentes no es tarea fácil en el marco del empobrecimiento de los medios informativos y el achicamiento de la esfera pública. Sobre todo cuando institucionalmente se niega consistentemente la existencia del problema, como es el caso del racismo, uno de los comportamientos sociales que ha probado ser más resistente al cambio histórico. En el Caribe, zona intensamente marcada por las migraciones intrarregionales, el racismo además se articula con la xenofobia, generando alarmantes prácticas de atropello institucional, violación de derechos y afianzamiento de prejuicios en el sentido común. El desenmarañamiento de prácticas discriminatorias y autoritarias a veces no sólo enfrenta el silenciamiento institucional, sino que frecuentemente resulta incómodo para muchos de los movimientos, sindicatos y la izquierda tradicional. En el contexto puertorriqueño hay un abismo bastante penoso entre el vocabulario de los Estudios Culturales y el debate público sobre la cultura. En ese sentido, creo que es indispensable participar en distintas esferas de diálogo social, siendo conscientes de que la urgencia política no puede hacernos resbalar en categorías reduccionistas.

Otra instancia importante para la articulación de teoría y práctica social se da en el seno de procesos comunitarios donde se generan desplazamientos conceptuales de los paradigmas con que tradicionalmente se responde a problemáticas como la vio-

lencia, la drogadicción, la dependencia económica, la deserción escolar o la desintegración del tejido comunitario, entre otras. En ese contexto, el análisis cultural en su transversalidad y porosidad para con otros saberes profesionales y comunitarios puede contribuir a gestar procesos participativos de formulación de alternativas concretas, que a su vez sirvan de ejemplo en el diseño de políticas públicas innovadoras. En Puerto Rico, a pesar de la poca resonancia que han tenido estos esfuerzos en las administraciones gubernamentales recientes, hay experiencias esperanzadoras donde la articulación de saberes y voluntades ha operado en función de modelos que tienen un valioso potencial de impactar positivamente la calidad de vida de la gente. Un ejemplo de esto lo fue la creación del Fideicomiso de la Tierra del Caño Martín Peña en 2004, experiencia en la cual se logró trascender conceptos culturalmente arraigados, como el derecho propietario, para elaborar un instrumento jurídico que evitase el desplazamiento de ocho comunidades marginadas y sentase las bases para su desarrollo integral. La inserción de los Estudios Culturales en procesos participativos de construcción de alternativas no sólo puede vigorizar la acción social o comunitaria, sino que también tiene el potencial de nutrir la propia formulación teórica y la producción académica. Las investigaciones sobre música y violencia generadas por el laboratorio de etnomusicología participativa que conduce Samuel Araújo en la favela de Maré en Río de Janeiro, junto a jóvenes de secundaria, universitarios y posgraduados de la Universidad Federal de Río de Janeiro, es una buena muestra de ello.

El análisis cultural puede contribuir de muchas maneras al entendimiento de los desafíos contemporáneos, iluminando las relaciones entre procesos que operan a escala diversa. Ante los tiempos descalabrados que vivimos en el Puerto Rico del siglo XXI, me parece urgente documentar la afronta material y simbólica a los sentidos de lo público puesta en marcha por el gobierno de turno. Como también las estrategias de la gente —en su diversidad, en su dispersión, en sus intentos de concertación— por *bregar* con la crisis y resistirse a convenir con la sentencia que simboliza el credo del gobierno de que mejor es resignarse porque así es la vida, *such is life*.

*Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”.
¿Qué importancia y significado le da usted a esta categoría?*

Tal vez la carga teatral de la categoría de “intervención” pueda resultar seductora y movilizadora. Sin embargo, en el fondo, me parece una noción que merecería ser repensada. Como puertorriqueña, la palabra intervención inevitablemente me remite a 1898 y a la invasión norteamericana, momento que signa la consolidación de la hegemonía militar estadounidense y que funda su política *intervencionista*, la cual desafortunadamente continúa vigente. Me parece riesgoso trabajar con una categoría que contiene un lastre tan marcado de autoritarismo y violencia. Por otro lado, si pensamos la sociedad como un *cuerpo*, la noción de intervención alude a la práctica quirúrgica que parte de una visión de la enfermedad como un mal localizado que se puede extirpar a partir de una *intervención* externa. Creo que es necesario pensar en otro tipo de paradigma y de metáfora que trascienda la dualidad tan problemática del adentro y afuera. En términos de la producción del conocimiento esto implica repensar las ideas de objetividad y neutralidad, de la separación entre el sujeto pensante y la realidad. Finalmente, en términos de política pública, creo que referirse a la gestión del Estado en cuanto *intervención* también resulta discutible pues presupone una falsa separación entre Estado y sociedad que, en alguna medida, acaba por naturalizar los presupuestos del liberalismo.

En contextos donde los márgenes de acción ciudadana están severamente circunscritos puedo ver la intervención como un recurso necesario, tal vez el único, para corroer los dispositivos de opresión. La acción simbólica, como forma de intervención ha sido un recurso extraordinario para visibilizar situaciones silenciadas y exigir una participación en igualdad de condiciones. Creo que en la pregunta anterior he dejado claro la importancia que reviste para mí la retroalimentación entre la reflexión teórica y la acción social. Sin embargo, no concibo esa relación como una *intervención* de la teoría en la práctica o viceversa, a no ser que se le adscriba a la categoría de intervención el sentido de la *mediación*. Por lo tanto, prefiero pensar en ámbitos de *participación*, o en instancias de *enunciación*.

¿Qué relación establece entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

Idealmente los Estudios Culturales deben proporcionar los fundamentos conceptuales y las interpretaciones de las dinámicas contemporáneas sobre las cuales han de articularse las políticas culturales. Evidentemente la formulación de políticas es mucho más que un ejercicio de traducción de principios teóricos en acciones. Implica, según observa Eduardo Nivón Bolán “un conjunto necesariamente heterogéneo de actores, discursos, presupuestos y prácticas administrativas”. Además de un entendimiento de los procesos culturales, requiere de unos principios de acción política.

Es preciso tener en cuenta, como advierte Ana María Ochoa, que la noción de políticas culturales comporta varias acepciones. En casi todas ellas, volviendo a la pregunta anterior, la categoría de *intervención* aparece como un elemento definitorio. Néstor García Canclini, por ejemplo, se refiere a las “*intervenciones* realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o transformación social”. Por otra parte, desde una acepción que destaca el rol de los movimientos sociales, Álvarez, Dagnino y Escobar señalan: “*cultural politics are also enacted when movements intervene in policy debates, attempt to resignify dominant cultural interpretations of politics, or challenge prevailing political practices*”. Me pregunto si el acento en la noción de intervención no contribuye a la sospecha con que algunos miran las políticas culturales, como instancias que interfieren en el desarrollo “libre” del ámbito de la cultura. Ciertamente las contribuciones teóricas de los Estudios Culturales ayudan a poner en perspectiva esa idealización de una esfera cultural autónoma. Sin embargo, no debemos pasar por alto las implicancias de los conceptos, por lo que me parece oportuno pensar la política cultural, como lo hace Ana María Ochoa, en cuanto *movilización* de lo cultural:

Defino como política cultural la movilización de la cultura llevada a cabo por diferentes tipos de agentes –el Estado, los

movimientos sociales, las industrias culturales, instituciones tales como museos u organizaciones turísticas, asociaciones de artistas y otros— con fines de transformación estética, organizacional, política, económica y/o social¹.

La aportación de los Estudios Culturales a las políticas culturales me parece indispensable. De otra manera, estas pueden convertirse en acciones cosméticas sin relevancia social o en agentes acrílicos de los gobiernos, empresas o movimientos que las formulen. Las políticas culturales están cimentadas sobre visiones de las identidades nacionales, étnicas, de género, entre otras, ya sea de forma explícita u oblicua. Pueden contribuir a la valoración de la diversidad como pueden, a veces sin quererlo, reforzar visiones problemáticas de las identidades. Isar P. Godreau ha mostrado, por ejemplo, cómo algunas prácticas institucionalizadas para celebrar la negritud en Puerto Rico están atravesadas por estereotipos que reproducen los prejuicios hacia la población afrodescendiente. Por otra parte, los debates en torno a una reciente ley de protección y fomento a la música tradicional revelan cómo la articulación de políticas puede entramparse en impasses conceptuales al no reconocer asimetrías históricas. Sin un examen de los complejos procesos de sedimentación de representaciones sociales en la música del país, las posturas antagónicas que se enuncian podrían leerse como meras opiniones, cuando en el fondo se relacionan con asuntos sensitivos en la sociedad puertorriqueña contemporánea, como lo son el prejuicio racial, la desigualdad social y la subordinación política. Esta es apenas una instancia de un amplio ámbito de las políticas culturales que tiene que ver con lo que Manuel Antonio Garretón ha llamado los *temas valóricos*, en el cual la reflexión teórica resulta esencial.

Hay muchos otros dominios en que los Estudios Culturales han de servir de faro a las políticas, como lo son la comprensión de los procesos de producción, circulación y consumo cultural, o el estudio del derecho como configurador de categorías culturales, entre tantos otros. Como he sugerido antes, las políticas culturales requie-

¹ Ana María Ochoa, *Entre los deseos y los derechos. Un ensayo crítico sobre políticas culturales*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003, p. 20.

ren de unos principios de acción política, los cuales también son un ámbito importante de reflexión. En el caso puertorriqueño, la articulación de políticas públicas está marcada por una cultura política partidista que desconsidera la participación ciudadana en la formulación de propuestas y cuando hace algún acercamiento a los “expertos”, en general busca “lavarse las manos” de problemas que generan pasiones. En la coyuntura actual, ante el desbaratamiento político de las instituciones que por décadas han sustentado la política cultural de Estado, como el Instituto de Cultura Puertorriqueña, la Corporación para la Difusión Pública y la Escuela de Artes Plásticas, por mencionar algunas, cabe la difícil tarea de articular posiciones que dimensionen la importancia de la institucionalidad pública, sin menoscabar las visiones problemáticas de lo cultural y las inercias administrativas por las cuales algunas de estas agencias se han caracterizado. En todo caso, la mirada a la cotidianidad de la articulación e implementación de políticas, como nos ha mostrado Ana María Ochoa, resulta fundamental a la hora de poner en perspectiva los discursos.

La inserción de la gestión cultural en el ámbito académico ha contribuido a generar un espacio de confluencia entre la reflexión teórica y la práctica. La gestión cultural trae a la universidad una densa trayectoria de saberes y modos de proveer espacio social al arte, a las celebraciones colectivas y prácticas simbólicas. Por otro lado, al convocar el conocimiento académico transdisciplinario la universidad ofrece a la gestión cultural un apoyo clave para ensanchar y profundizar su esfera de actuación. Siguiendo la tradición de los Estudios Culturales, la academia debe proveer a la gestión un espacio de reflexividad que contribuya a una práctica anclada en un conocimiento contextual y transversal de los procesos contemporáneos. Me parece que es menester mantener vivo ese diálogo entre saberes para que la gestión cultural no se convierta en un manual operativo.

La noción de autogestión cultural es de uso frecuente en el contexto puertorriqueño contemporáneo, tal vez porque la falta de institucionalidad cultural ha creado un ámbito donde generalmente son los propios creadores los que asumen la tarea de gestionar su trabajo. Es interesante observar que la categoría de *productor* en nuestro medio tiende a asociarse a lo comercial. La

reciente aprobación de una ley que profesionaliza y regula la *producción* cultural acentúa el abismo entre una práctica que puede generar altos lucros y que se inserta en los flujos globales de la industria cultural y una esfera principalmente autogestionada, donde vivir de la cultura resulta ser *un arte*. Creo que la participación de los gestores culturales en la formulación de políticas, informadas por la reflexión teórica de los Estudios Culturales, es crucial para desarrollar esferas más democráticas y sustentables de gestión de la cultura, que dimensionen el valor de la experiencia estética en nuestro tránsito por la vida.



Juan Ricardo Aparicio, Alcira Saavedra, Gregory Lobo, Camilo Quintana

Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales,
Comité Estudios Socioculturales e Interculturales,
Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

Si tuvieran que formular una definición de los Estudios Culturales como campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que ustedes señalarían como constitutivos de su proyecto y visión?

Dentro del marco conceptual de nuestra unidad académica, proponemos que los Estudios Culturales analizan las complejas interrelaciones entre el poder y la cultura dentro de formaciones históricas específicas. Los comprendemos como un proyecto intelectual y político que busca, por un lado analizar dichas interrelaciones con el objetivo de trazar y desnaturalizar los regímenes de poder encargados de la producción de desigualdades y jerarquías para así contribuir a la transformación de los mismos; pero por el otro, buscan cartografiar los intersticios, los flujos, lo residual y la misma diferencia como depósitos de articulaciones novedosas que escapan a estos mismos regímenes. También entendemos que las preguntas y metodologías de investigación de los Estudios Culturales siempre se definen de acuerdo a los mismos contextos que construyen con el propósito de diagnosticar mejor las complejas relaciones entre la cultura y el poder. Por lo tanto, son necesariamente transdisciplinarios, pues su misma concepción de “lo cultural” atraviesa las distintas dimensiones de la vida humana que habían sido divididas en disciplinas discretas bajo la modernidad. Nuestra postura se funda en las siguientes perspectivas analíticas, entre otras: el marxismo y el posmarxismo, el feminismo, las teorías críticas de la sexualidad, la teoría social moderna y sus tensiones con las teorías postmodernas y postestructuralistas, y las teorías críticas latinoamericanas. En medio de todo esto, enfatizamos la natu-

raleza discursiva de los conflictos sociales como rasgo distintivo de nuestra comprensión de este campo de estudio, lo cual lleva a que nuestro currículo asuma el hecho del lenguaje y de las lenguas como práctica social productora de sentido. Por estas mismas razones es que nos posicionamos intelectualmente dentro de una Facultad de Ciencias Sociales como un Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales que ofrece programas académicos de pregrado y posgrado.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que ustedes incorporan a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, les parecen más significativos y estimulantes?

El legado de Birmingham aparece como uno de los vectores más relevantes (mas no el único) dentro de nuestra concepción de los Estudios Culturales. En particular, nos posicionamos dentro de un proyecto inspirado por las teorías marxistas y neomarxistas las cuales han constituido un valiosísimo andamiaje teórico alrededor del poder, la relacionalidad, el problema todavía irresuelto de la determinación y su relación con “lo cultural”. Seguimos su estilo de trabajo intelectual de siempre estar trabajando en y sobre formaciones sociales específicas atravesadas por jerarquías raciales, sexuales, geopolíticas y epistémicas, entre otros. De esta manera, nuestro análisis sobre la raza, la nación, la etnia, la violencia y el cuerpo siempre remite a una historización y contextualización donde podamos entender el poder de “la cultura” y la “cultura” del poder en coyunturas específicas. También incorporamos dentro de este legado las vertientes de pedagogía crítica que no sólo conforman un área definida dentro del Departamento fuera de las de lenguajes y Estudios Culturales, sino que se convierte en uno de los nodos de intervención más definitivos que tiene nuestra Unidad. De igual manera, siguiendo dentro de esta misma corriente neomarxista, Gramsci y los posteriores trabajos de Laclau y Mouffe nos resultan fundamentales para nuestro entendimiento de la hegemonía, las luchas hegemónicas y la consolidación (nunca completa) de los bloques hegemónicos. Necesariamente, aquí el vector de Birmingham se une con otras corrientes de pensamiento que produjeron rupturas fundamentales para

la teoría social contemporánea, tales como las de Saussure y su preocupación central alrededor del lenguaje, la cultura y el poder. También destacamos el legado de otros pensadores franceses como Barthes y Derrida dentro de esta exploración por su potencial para desestabilizar las mismas categorías de pensamiento y mostrar su articulación con las hegemonías. Igualmente, nos nutrimos de la obra de Foucault y su preocupación por la producción de sociedades normalizadas y normalizantes, su relación con los saberes y con los mismos procesos de subjetivación. Corrientes propias de autores latinoamericanos tales como las de Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Walter Mignolo y Nelly Richard; sin dejar de incorporar a autores representativos de una línea periférica de pensamiento sociocultural que proviene del Atlántico y el Caribe, la cual se encuentra mejor representada por intelectuales como Franz Fanon. Todos los anteriores autores se convierten en referencias fundamentales para entender la producción y reproducción histórica de estas jerarquías desde la colonia hasta nuestros tiempos en el contexto actual.

A partir de tal legado epistemológico y metodológico, el proyecto de Estudios Culturales de nuestro Departamento propone un programa de formación académica que se cimienta en el currículo y las líneas de investigación que se exponen a continuación:

Currículo

- *Paradigmas de los Estudios Culturales*: conocer y entender los paradigmas a través de los cuales se estudia la “culturización de las relaciones de poder”. Lo anterior, examinando los procesos sociales mediante los cuales las relaciones de poder toman forma y se hacen evidentes culturalmente.
- *Teorías de la Subjetividad*: el estudio de las teorías de construcción del sujeto, enfatizando los procesos de diferenciación de las subjetividades y sus múltiples posiciones, prestando especial atención a las dinámicas que conducen a la producción de identidades y aquellas que las regulan, jerarquizan y normalizan.
- *América Latina y los Estudios Culturales*: investigar y reflexionar acerca de las diferentes visiones y versiones que constituyen el campo de los Estudios Culturales en Améri-

ca Latina, resaltando la necesidad de repensar la noción de “América Latina” a partir de los paradigmas de los Estudios Culturales.

- *Políticas de la Representación*: Examinar el papel del poder en la producción, circulación y consumo de las representaciones culturales y en la reproducción de diversos órdenes sociales y políticos.

Líneas de investigación

- *Políticas de la Representación*: en la que se investiga la articulación y distribución de las identidades sociales tanto resistentes como dominantes.

- *Análisis del Discurso Sociopolítico*: en la que se estudian los discursos contemporáneos que pretenden articular los varios elementos sociales en narrativas sociales significantes.

- *Lenguaje, Cultura y Poder*: en la que se estudian las dinámicas mutuas entre las relaciones sociales de poder el uso del lenguaje, y la estructura de la cultura.

- *Sexualidad y Género*: en la que se investigan los procesos de naturalización y resistencia de las identidades e identificaciones de género y sexualidad normativas y binarias.

¿Cómo definirían el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

Con seguridad, los Estudios Culturales tienen mucho que decir alrededor de las tensiones entre la cultura, la economía y la política al encuadrarlas dentro de su preocupación por la relación entre la cultura y el poder. Así, no sólo lo que consideramos como “lo económico” o “lo político” se problematiza desde una interrogación sobre sus mismas condiciones de posibilidad y significaciones particulares (“lo cultural”), sino que las mismas disputas sobre los significados movilizados por lo que se entienda por “la economía” y “la política” se vislumbran como verdaderas batallas culturales por codificar y decodificar. De esta manera, bajo la conocida expresión de “todo es cultura y la cultura lo es todo”, entendemos que lo más naturalizado y dado de antemano, tal como se desprende de las acepciones más usuales de “la econo-

mía”, encierran en sí mismos relaciones sociales y procesos históricos fundamentales para su reificación actual. Sin duda alguna, la necesidad de intervenir sobre la economización del conocimiento y del saber académico al cual nos vemos enfrentados nos anima a iniciar agendas investigativas que permitan analizar las racionalidades, subjetividades y técnicas de poder movilizadas por un proyecto cultural, que influencia de manera determinante el quehacer académico en la actualidad. Desde esta óptica, aquello que consideramos alejado de toda relación social como buena parte de los enunciados, las racionalidades y axiomáticas que caracterizan el discurso hegemónico de la economía liberal y neoliberal se convierten en puntos estratégicos de nuestras mismas intervenciones intelectuales para desnaturalizar y problematizar sus mismos sentidos comunes. De la misma manera, para seguir sus efectos materiales alrededor de las nuevas formas de control y de producción de las subjetividades que conllevan y producen.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinariedad” que practican los Estudios Culturales? ¿Consideran ustedes que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hacen del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

En buena medida, nuestro mismo proyecto de los Estudios Culturales está definido por las muy variadas trayectorias disciplinarias, intelectuales y personales de nuestro cuerpo docente. No hacemos parte de la misma disciplina aun cuando pertenecemos a un Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales que resulta ser el único en el país que ofrece simultáneamente un programa de pregrado y de posgrado en Estudios Culturales. Por ser un departamento nuevo con un trabajo intelectual que justamente se localiza en las fronteras disciplinarias, hemos tenido que irnos ganando un espacio de reconocimiento dentro de los prejuicios, justificados o no, de cierta versión neocolonialista y relativista del proyecto de los Estudios Culturales por parte de otros departamentos dentro de la Facultad de Ciencias Sociales. No ha sido un trabajo fácil, pues por un lado los legados modernos de la separación de las distintas

disciplinas y sus respectivas áreas han sido y serán un inocultable freno a una interrogación compleja sobre la profunda relacionalidad de la misma vida social. También por la misma competencia por estudiantes y recursos entre programas y departamentos que, en tiempos de crisis como los que vivimos actualmente, tienden a aumentar la lucha por estímulos. Pero aún así, consideramos que la gran fortaleza de la transdisciplinariedad es la de ubicar nuestras mismas interrogaciones en un terreno complejo que atraviesa las mismas disciplinas y nos obliga a cartografiar los efectos de las relaciones entre cultura y poder, a través del campo social en general (transdisciplinar). De esta manera, es importante recalcar que tanto la Facultad de Ciencias Sociales como la Universidad de los Andes son entidades que se fundaron sobre filosofías que protegen, fomentan y promueven el libre pensamiento y el eclecticismo crítico en todos sus programas de estudio. Por lo tanto, su lógica ante la línea de estudio e investigación sociocultural ha sido abiertamente facilitadora, comprensiva y promotora del diálogo académico de tales temas. Las debilidades justamente se deben a la alta exigencia que dicha perspectiva conlleva y que muchas veces no se cumple o se reduce simplemente a aproximaciones diferentes, pero configuradas desde distintas disciplinas (interdisciplinar).

Tal característica de “transdisciplinariedad”, fuera de fomentar múltiples metodologías de análisis, también promueve la comprensión de cómo estas metodologías deben situarse con respecto a las demás metodologías de análisis económico, político y social para brindar un entendimiento más integral y comprensivo de estos fenómenos. Finalmente, consideramos que el principal riesgo de esta postura de acentuado eclecticismo es que no sea reflexiva, es decir, que en su búsqueda de la integración transdisciplinar no pierda ni su identidad autónoma, ni su naturaleza inquisitiva.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que les parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

Las investigaciones y las preguntas de sus proyectos adelantadas por nuestros profesores e investigadores surgen de contextos específicos y responden a problemas urgentes y relevantes de confrontar en el caso colombiano. En sí, la definición de nuestro proyecto depende de los problemas que estamos enfrentando y las herramientas teóricas y metodológicas que tenemos a nuestra disposición. En consecuencia, nos ubicamos justamente en el análisis de coyunturas. En particular, algunos proyectos de nuestro cuerpo docente se inscriben en las problemáticas raciales y sexuales alrededor de la construcción discursiva de la nación, buscando entender los procesos de exclusión e inclusión que gravitan alrededor de estos relatos y determinar sus consecuencias materiales en el actual contexto colombiano. Otros proyectos buscan aproximarse hacia el fenómeno de la violencia y los distintos tipos de respuesta que agencias internacionales, ONG, el Estado colombiano, y las mismas organizaciones de víctimas movilizan para la protección de la vida en estas locaciones marginales que caracterizan la geografía política y social en Colombia. Así, la actual coyuntura colombiana donde surgen todo tipo de propuestas y políticas para la protección y reparación de las víctimas está siendo analizada como un espacio de lucha, precisamente, por sedimentar significados y orientar prácticas sociales. Fuera de lo anterior, los primeros trabajos de grado de nuestra maestría en Estudios Culturales emergen desde las mismas trayectorias y problemáticas concretas y relevantes para el contexto contemporáneo que guían sus preguntas de investigación, como lo son: el problema de la raza, la violencia, los retos y problemáticas de la educación en contextos interculturales, etc. En definitiva, en nuestro Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales buscamos que todos sus actores se aproximen a sus propias preocupaciones y trayectorias personales e intelectuales como fundamentos de sus mismos intereses académicos.

Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”. ¿Qué importancia y significado le dan ustedes a esta categoría?

La importancia y el significado de la categoría de “intervención” es motivo de arduo debate dentro de nuestro progra-

ma. Es claro que tanto nuestras agendas investigativas, así como nuestros deseos están impulsadas por el proyecto de transformación de formaciones cimentadas en relaciones desiguales de poder. Es aquí donde inscribimos nuestra politización de la teoría, la cual busca estratégicamente analizar estas mismas formaciones y efectos materiales de dominación, jerarquización y marginalización. La teoría siempre es un desvío para luego volver a indagar sobre la capacidad de transformación de esos regímenes. Simultáneamente, concebimos que la teorización de la política genera un amplio espectro de prácticas de intervención posibles desde nuestra unidad académica. Como práctica de pedagogía crítica, en el Departamento le damos un enorme valor a la posibilidad de intervenir y desestabilizar significados hegemónicos responsables de una miríada de efectos materiales que, a su vez, podemos rastrear en nuestra misma cotidianidad. Tanto en el salón de clases como a través de nuestras publicaciones y proyectos de investigación, la intervención en esas formaciones no busca dictaminar respuestas absolutas ni certeras para seguir. Se tratan, más bien, de prescripciones estratégicas, flexibles y coyunturales.

¿Qué relación establecen entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

Precisamente, por ser posibles desde la naturalización de significados es que las políticas culturales se convierten en uno de los blancos más urgentes de analizar e intervenir desde nuestro entendimiento de los Estudios Culturales. Concebimos que toda política o gestión es necesariamente “cultural” y “política” y, por lo tanto, abierta a una indagación sobre sus mismas condiciones de posibilidad, sus efectos materiales, y su correspondiente marginalización u ocultamiento de otros significados alternativos. Es en este mismo nivel donde indagamos por la relación entre lo popular y el bloque de poder, el Estado y los movimientos sociales, entre otros, como espacios de tensión, articulación e interpelación complejos y nunca unilineales por la codificación y descodificación de significados. Concebimos la tensión entre la política cultural y la cultura política como una inagotable lu-

cha por los significados de ser mujer, hombre, la democracia, lo público, lo político, lo privado, etc. Parfraseando a Stuart Hall, es por eso que la cultura nos importa: porque es justamente desde ahí donde se configuran y se sedimentan significados que, a su vez, orientan nuestras mismas formas de ver y habitar el mundo y relacionarnos con el otro.



Nelly Richard

Magíster en Estudios Culturales,
Universidad ARCIS, Santiago de Chile.

Si tuviera que formular una definición de los Estudios Culturales como un campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que usted señalaría como constitutivos de su proyecto y visión?

Si hablamos de Estudios Culturales propiamente tales, en el sentido que les confiere a este rótulo la profesionalización académica de un campo que se sustenta en programas de estudios, congresos y series editoriales, deberíamos rastrear la genealogía de este campo señalando quizás dos etapas o momentos que marcan su itinerario: 1) la formación en la Inglaterra de los años sesenta y el posterior desarrollo del *Center for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham, cuya serie de autores (Hoggart, Thomson, Williams, Hall) arma un legado cuya productividad teórica le da un espesor histórico a los Estudios Culturales; 2) la institucionalización de cursos y departamentos según un modelo globalizado de Estudios Culturales que se instala en la academia internacional, sobre todo en Estados Unidos en los años ochenta, señalando una doble articulación de los Estudios Culturales orientados algunos principalmente hacia la cultura popular (masiva-popular) y otros hacia los estudios postcoloniales y de la subalternidad. Yo agregaría un tercer momento que es más de debates que de reproducción de saberes: en los noventa en América Latina cuando, junto con la creación de algunos escasos programas de Estudios Culturales en las universidades latinoamericanas, se producen activos debates en torno a los Estudios Culturales o incluso en contra de la versión metropolitana de los Estudios Culturales (unos debates ellos mismos facilitados por la circulación de académicos y críticos latinoamericanos por las redes de congresos y publicaciones de la academia norteamericana) que también abastecen el

campo de discusión teórica de los Estudios Culturales en América Latina aunque sea contrastando posturas y profundizando contradicciones con sus orientaciones dominantes. Estos debates cruzados han ayudado a explicitar los distintos proyectos que combinan los Estudios Culturales en su dimensión más emancipadora pero, también, a evidenciarlos como el síntoma de una vasta crisis de las condiciones de producción del saber en el actual paisaje universitario: un paisaje universitario sometido, sobre todo en América Latina, a procesos de tecnocratización y neoliberalización del conocimiento que afecta con mayor dureza lo que antes se llamaba las “humanidades”.

Me parece que los Estudios Culturales no pueden ni deben ser objeto de una definición unitaria. Lo que agrupa la actual nomenclatura de “Estudios Culturales” (con su tendencia a clasificar distintas orientaciones bajo una misma marca etiquetadora para la comodidad del mercado académico internacional) no designa un campo homogéneo de aplicaciones, al menos en América Latina, sino un conjunto plural de prácticas cuyo significado y posición –en lo teórico, en lo crítico-disciplinario y en lo político-institucional– varían según sus contextos de inscripción tanto sociohistóricos como universitarios. Varias líneas de trabajo cuyos tránsitos no se identifican programáticamente como “Estudios Culturales”, pero que entrecruzan las fronteras de la sociología, de la literatura y de la cultura, de la antropología, de la literatura, del arte y la sociedad, de la teoría de las comunicaciones, de la crítica cultural, etc., convergen en una zona transdisciplinaria de estudios sobre cultura, poder y hegemonía que puede ser una de las definiciones amplias que se les da a los Estudios Culturales. Esto supone considerar a lo cultural como un universo de sentidos regulado por sistemas de valoración y atravesado por conflictos de representación que se encuentran siempre vinculado a lo que Pierre Bourdieu llamó la “violencia simbólica”, en contra de la visión idealista y contemplativa (aristocratizante) de la cultura que, en la tradición burguesa, designaba una esfera desinteresada.

Pese a las diferencias entre proyectos no homologables, creo que lo que se reconoce como Estudios Culturales se caracteriza a partir de algunos rasgos que apelan a la movilidad de lo “trans” (cruces, hibridez, travesías) para:

- 1) desplazar las fronteras de las disciplinas y los saberes canónicos, cuestionando las exclusiones y descalificaciones que se practican en nombre del “conocimiento verdadero” (superior) y liberando el ingreso a la universidad de los conocimientos locales, subordinados, periféricos, minoritarios, que habían sido marginalizados por distintos sistemas de convenciones académicas;
- 2) ampliar la categoría de “texto” a múltiples prácticas sociales y artefactos culturales, antes desatendidas por las humanidades que se resistían a traspasar las fronteras de la “ciudad letrada” (Angel Rama) y cuyos dispositivos significantes pasan hoy a convertirse en objetos de análisis crítico;
- 3) superar las divisiones jerárquicas entre lo “culto” y lo “popular” para reflexionar, por ejemplo, sobre cómo se modulan las subjetividades cotidianas por las vías del consumo (apropiación, resignificación) en tiempos de capitalismo mediático, de tecnologías audiovisuales y de industrias del espectáculo;
- 4) politizar la cuestión del saber/de los saberes en contra de la ficción purista de la autonomía del conocimiento (trascendente y universal) y desbordar los límites de autorreferencialidad del discurso académico para vincular el adentro de la universidad con el afuera de la exterioridad social y política.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que usted incorpora a su proyecto de Estudios Culturales?

La principal herencia de los textos de R. Williams y otros autores de Birmingham es, a mi entender, el dimensionamiento del rol activo –no subordinado– que desempeña la cultura en los procesos sociales a partir de su crítica al reduccionismo economicista del marxismo clásico que, a través del esquema base/superestructura, planteaba una determinación lineal entre lo real-social y lo ideológico-cultural como si lo simbólico y lo expresivo sólo reflejaran los conflictos de intereses político-económicos y las luchas sociales en lugar de articularse como dimensiones constitutivas de las prácticas y las identidades. La Escuela de Birmingham aborda la cultura en una interrelación dinámica con la

política, la economía, la historia y la sociedad. Las fluctuaciones de Raymond Williams entre la literatura –como sistema diferenciado– y la cultura como trama socioideológico-política (como “conjunto de prácticas sociales”) permite un juego de desplazamientos entre la autonomía y la heteronomía de las formas; un juego que nos sirve para no divorciar la textualidad de lo artístico y lo literario de la heterogeneidad de lo social, sin tener que renunciar tampoco a la especificidad de lenguaje de las producciones estéticas que entran en la batalla del “valor” en el interior –o en los bordes– de campos especializados de legitimación artística y cultural. A la vez Williams ofrece una reelaboración muy sugerente de la “hegemonía” gramsciana, complejizada por las interrelaciones móviles entre los distintos estratos de formación cultural de lo “emergente”, lo “dominante” y lo “residual” que articulan dinámicamente las luchas de sentido. Desde la herencia de Williams y de los otros autores de Birmingham, lo “popular” es el campo donde se redefinen las relaciones entre lo hegemónico y lo subalterno ya no pensados como categorías homogéneas ni posiciones fijas –opuestas entre sí porque un sector de la sociedad ejerce la dominación sobre el otro que la sufre pasivamente, según un esquema maniqueo– sino como términos móviles y relacionales que operan a través de sometimientos y resistencias pero también de subyugaciones, negociaciones y consensos.

También es relevante el modo en que los Estudios Culturales británicos rechazaron la visión jerarquizante de la alta cultura (la tradición de privilegios connotada por la distinción de clase de las bellas-artes) que descalifica a la cultura popular (los subgéneros de la industria de masas y las estéticas cotidianas), y se interesaron en leer la cotidianidad social en un paisaje ya drásticamente transformado por los medios de comunicación.

Aprecio mucho el trabajo de Stuart Hall no sólo por su capacidad energética de mantener un diálogo crítico con el marxismo *desde lo que el marxismo excluyó* (lo simbólico y lo cultural; el lenguaje, el discurso, el inconsciente, la subjetividad), lo que le significó reconocer la importancia del feminismo y sus perspectivas de género como un eje de deconstrucción (discursivo, representacional, ideológico-cultural) de las identidades sexuales. Aprecio

mucho además la figura de Stuart Hall porque nunca ha dejado de comprometerse con “la política del trabajo intelectual”¹.

¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, le parecen más significativos y estimulantes?

Quizás, más que “autores” habría que hablar de referencias, marcas, posiciones y debates, ya que las intervenciones de los textos despliegan su capacidad de replanteamiento teórico y su vigor polémico en un determinado momento y lugar, en diálogo y réplica con otros textos. Para responder con un desvío a la pregunta y hacerlo desde un trayecto muy circunscrito, voy a recordar algunos fragmentos de un recorrido editorial que tuvimos la oportunidad de armar en la *Revista de Crítica Cultural*²: una revista que estableció un diálogo –a veces polémico– entre la crítica cultural y los Estudios Culturales³. No se puede abordar este recorrido editorial sin mencionar a dos autores a los que publicamos más de una vez: Néstor García Canclini y Jesús Martín Barbero. Ambos autores –catalogados hoy como los máximos

¹ A propósito de tres libros –*Uses of Literacy* de Hoggart, *Culture and Society* de Williams y *Making of The English Working Class* de E.P. Thomson–, S. Hall anota lo siguiente: “No sólo estos libros tomaron “la cultura” en serio –como una dimensión sin la cual las transformaciones históricas, pasadas y presentes–, simplemente no podían ser adecuadamente pensadas. Sino que fueron en sí mismos “culturales”, en el sentido de *Culture and Society*. Obligaron a sus lectores a prestar atención al hecho de que “concentrados en la palabra *cultura* hay asuntos directamente planteados por los grandes cambios históricos que las transformaciones en la industria, la democracia y la clase, cada una a su modo, representan y frente a las cuales los cambios artísticos resultan respuestas estrechamente relacionadas” (p. 16). Este era el asunto en los años 60 y 70. Y acaso este sea el momento para hacer notar que esta línea de pensamiento más o menos coincide con lo que ha sido llamada la “agenda” de la temprana New Left, a la cual, en un sentido u otro, estos autores pertenecían, y cuyos textos eran estos. *Esta conexión desde un principio colocó la “política del trabajo intelectual” en el centro de los Estudios Culturales, preocupación de la cual, afortunadamente, jamás han podido ni podrán liberarse*. Stuart Hall, “Estudios Culturales: dos paradigmas” en revista *Hueso Húmero*. N° 19, Lima, octubre-diciembre 1984. Pp. 71-72.

² Para revisar el itinerario de la *Revista de Crítica Cultural*, ver: *Debates críticos en América latina I, II y III: 36 Ns de la Revista de Crítica Cultural (1990-2008)*. Editora: Nelly Richard. Editorial ARCIS/Editorial Cuarto Propio/Revista de Crítica Cultural. 2008-2009. Santiago de Chile.

³ Remito al capítulo “Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamientos” de: Nelly Richard, *Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Santiago, Cuarto Propio, 1998.

representantes de los Estudios Culturales latinoamericanos— le imprimieron un decisivo giro antisustancialista a la teoría cultural latinoamericana de los ochenta al mostrar que el imaginario multilocalizado del capitalismo global, al cruzar identidades culturales y redes mediáticas, se formula desde la hibridez de las intersecciones entre los repertorios discontinuos de lo tradicional, lo folclórico, lo patrimonial, lo culto, lo popular, lo masivo, etc. Como uno de los tantos debates que cruzaron las páginas de la *Revista de Crítica Cultural*, al texto “El debate sobre la hibridación” de N. García Canclini en el que el autor reivindicaba “la legitimidad epistemológica y la fecundidad metodológica de la noción de culturas híbridas... en medio de la radical recomposición de los mercados y las fronteras culturales”⁴) respondió Mabel Moraña en “El boom del subalterno” diciendo: “En el contexto de la globalización, la hibridez es el dispositivo que incorpora el particularismo a la nueva universalidad del capitalismo transnacionalizado. La hibridez aparece en García Canclini como fórmula de conciliación y negociación ideológica entre los grandes centros del capitalismo mundial, los Estados nacionales y los distintos sectores que componen la sociedad civil en América Latina, cada uno desde su determinada adscripción económica y cultural”⁵.

La *Revista de Crítica Cultural* se valió de algunas junturas cómplices entre investigadores de la cultura en América Latina y practicantes de los Estudios Culturales Latinoamericanos en Estados Unidos, para publicar algunos textos marcadores: el texto de George Yúdice “Estudios Culturales y sociedad civil” que se constituyó como “Informe sobre el Primer Encuentro de la Red Interamericana de Estudios Culturales” reunida en la Universidad Autónoma Metropolitana, Izatapalapa, México (1993) nos decía que: “A pesar de la gran diversidad de temas abordados, el foco de interés y de debate giró alrededor de los problemas que enfrenta cualquier proyecto de fortalecimiento de la sociedad civil, especialmente a partir de los cambios ocurridos en los años

⁴ Néstor García Canclini, “El debate sobre la hibridación” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 15, noviembre de 1997. Santiago de Chile.

⁵ Mabel Moraña, “El boom del subalterno” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 15, noviembre de 1997. Santiago de Chile.

ochenta y noventa: la implantación de la política económica neoliberal y consiguientemente el abandono estatal del sector público; la crisis de identidades nacionales y la concomitante constitución de nuevas identidades grupales; la permeación de lo público por las comunicaciones mediáticas”⁶. Otro texto vigoroso fue el de John Beverley sobre “Estudios Culturales y vocación política” en el que anotaba “lo paradójico de la historia temprana de los Estudios Culturales en el mundo anglosajón que pudo llegar a un nivel casi hegemónico dentro de la academia como un programa vinculado más o menos directamente con la militancia política de los sesenta –la Nueva Izquierda, el marxismo althusseriano o neogramsciano, la teoría feminista y el movimiento de mujeres, el movimiento de derechos civiles, la resistencia contra las guerras coloniales o imperiales, la deconstrucción– en medio de una época políticamente muy reaccionaria como fue la de Reagan y Thatcher”⁷. El texto de Beverley fue seguido de una aguda réplica de Federico Galende quien hacía ver que no existía tal paradoja: “Le sorprende a Beverley que las universidades se hayan abierto a prácticas intelectuales vinculadas a los años sesenta cuando su trabajo explica por qué los que participaron de estas prácticas ya no son los mismos. Inferimos, después, que no tienen por qué incomodar a la universidad; al fin y al cabo, son parte de una generación que ha cambiado la consigna de pedir lo imposible por la de ajustarse a la realidad”⁸. Alberto Moreiras, a su vez, reflexionaba en “Irrupción y conservación en las guerras culturales” sobre una agitada reunión de ABRALIC (Asociación Brasileña de Literatura Comparada) que tuvo lugar en 1996, en la que la “literatura” y los “Estudios Culturales” dieron una de sus tantas batallas, complejizando saludablemente los términos de la confrontación: “El aparato académico denominado Estudios Culturales sustituye tendencialmente en la articulación ideológica del presente el aparato de los estudios literarios que ocu-

⁶ George Yúdice, “Estudios culturales y sociedad civil” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 8, mayo de 1994. Santiago de Chile.

⁷ John Beverley, “Estudios culturales y vocación política” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 12, julio de 1996. Santiago de Chile.

⁸ Federico Galende, “Un desmemoriado espíritu de época. Tribulaciones y desdichas en torno a los estudios culturales” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 13, noviembre de 1996. Santiago de Chile.

parían a partir de ahora una posición subalterna. Este proceso no se produce, claro es, sin problemas, sino que implica una reestructuración del poder académico y la consiguiente redistribución de capital cultural. Las disputas interpretativas son, por lo tanto, inevitables. Pero son también hasta cierto punto inútiles si lo que se persigue primariamente es no entender por qué y cómo el aparato de Estudios Culturales debe sustituir al aparato literario previo, y bajo qué condiciones puede y debe procederse a una crítica del nuevo aparato, por lo cual ciertos elementos críticos desarrollados dentro del aparato de los estudios literarios siguen siendo indispensables”⁹. Habría que recordar también el excelente texto de Julio Ramos sobre “El proceso de Alberto Mendoza: poesía y subjetivación” como respuesta a una pregunta sobre “el futuro de los estudios literarios” en un paisaje posthumanista en el que el autor enfatizaba el nuevo giro, dado desde los Estudios Culturales, con “la proliferación de estudios sobre los márgenes de la institución literaria y sus mecanismos de canonización (nacional), es decir, sobre los procesos de marginación u ocusión de sujetos y prácticas culturales que pasan ahora al centro de la discusión contemporánea sobre el género y la sexualidad y la reflexión sobre la emergencia de sujetos “nuevos” o subalternos en trabajos que cada vez con más frecuencia rebasan el concepto mismo de literatura”¹⁰. Mención aparte merece el provocativo texto de Beatriz Sarlo “Los Estudios Culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa” que, junto con explicar el éxito de los Estudios Culturales advierte de su discutible renuncia a algunas de las cuestiones decisivas que animan las apuestas del debate crítico-estético que, según ella, no pueden quedar eliminadas: “Movimientos sociales y Estudios Culturales fueron compañeros de ruta extremadamente funcionales a la transición democrática, por una parte y al naufragio de las totalizaciones modernas, por la otra. Además, a medida que la crítica literaria culminó un proceso de tecnificación y perdió su impacto sobre el público (para quien se ha vuelto francamente jeroglífica), los

⁹ Alberto Moreiras, “Irrupción y conservación en las guerras culturales” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 17, noviembre de 1998. Santiago de Chile.

¹⁰ Julio Ramos, “El proceso de Alberto Mendoza: poesía y subjetivación” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 13, noviembre de 1996. Santiago de Chile.

Estudios Culturales se ofrecieron para remediar esta doble impasse: ganar algún espacio a la luz pública y presentar un discurso menos hermético que el de la crítica... El lugar de la literatura está cambiando. La popularidad creciente de los Estudios Culturales, que dan trabajo a cientos de críticos reciclados, es una respuesta a estos cambios. Sin embargo, hay algo que la crítica literaria no puede distribuir blandamente entre otras disciplinas. Se trata de la cuestión de los valores estéticos, de las cualidades específicas del texto literario”¹¹.

Mezclo estas citas para subrayar que el tema de los Estudios Culturales y las distintas controversias en torno a sus aperturas y limitaciones, sus fortalezas y debilidades, imposibilita el querer trazar un mapa ordenado de lineamientos programáticos. Algunas de las disputas en torno a los Estudios Culturales en América Latina han resultado, en sus intersecciones y bifurcaciones críticas, más interesantes que el relevamiento canónico de sus definiciones de contenidos obsesionadas con la estandarización académica.

¿Cómo definiría el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

Bien sabemos que la globalización capitalista opera una transformación de las sociedades postindustriales en las que las formas de dominación ya no sólo ocupan las estructuras políticas y económicas sino, también, los mecanismos de subjetivación. El inconsciente social (gustos, fantasías, deseos, pulsiones, etc.) va modelando identidades a través de los medios de consumo y las tecnologías de la información. Lo “político” no puede desligarse de lo “cultural”, ya que las imágenes producen imaginarios y que estos, a su vez, activan o bien desactivan la imaginación crítica para anticipar cambios o deconstruir hegemonías. Explorar la esfera de lo “cultural” es indispensable para desentrañar el modo en que un determinado régimen de signos, valores y

¹¹ Beatriz Sarlo, “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa” en *Revista de Crítica Cultural*, N° 17, noviembre de 1997. Santiago de Chile.

representaciones pone en discurso y en imágenes las visiones de mundo, las creaciones y los pensamientos que refuerzan el orden social o que lo desajustan.

Pero, además, creo que el análisis cultural, la crítica cultural y los Estudios Culturales, tienen la capacidad de explorar los márgenes de lo que las racionalizaciones científicas de lo social y lo político suelen desechar como restos o excedentes de un sentido no integrable: lo simbólico-cultural y lo crítico-estético son dimensiones valiosas para rastrear aquellas zonas más fracturadas y oscurecidas de los discursos de la comunicabilidad dominante. Sus lenguajes oblicuos y sus figuraciones indirectas nos ayudan a vislumbrar las opacidades de lo que la razón social y política descarta como materiales refractarios a una operatividad del orden que se lleva mal con lo trágico o lo utópico.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinariedad” que practican los Estudios Culturales? ¿Considera usted que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hace del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

Las disciplinas son algo más que una forma de organizar el conocimiento en torno a la especialización de ciertos objetos de estudio. Son también mecanismos de control, es decir, de inclusión y exclusión, encargadas de salvaguardar la pureza e integridad de los *corpus* que la institución universitaria declara legítimos y autorizados. Cuestionar los dispositivos de autoridad de las disciplinas y los mecanismos de ritualización de su saber tal como lo hacen la teoría feminista o la teoría postcolonial y reivindicar saberes marginados por el canon de lo universal, les da un potencial emancipatorio a los Estudios Culturales.

Me parece útil enfocar los Estudios Culturales no como algo que reemplaza a los saberes especializados de las antiguas disciplinas sino como algo que las desplaza y las emplaza a responder por el trazado de sus fronteras y por sus criterios de reparto y selección del valor. Los Estudios Culturales tampoco son una nueva “disciplina” sino “un proceso crítico y transformador que tra-

baja en los espacios que existen entre las diferentes disciplinas y también en la relación entre las universidades con otros lugares políticos” (Richard Johnson)¹².

Sin embargo, creo que ciertas aplicaciones de lo transdisciplinario banalizadas por los Estudios Culturales resultan problemáticas, sobre todo cuando se entienden –simplificadoramente– como una mera combinación de saberes híbridos que, para diversificar y flexibilizar el conocimiento, toman la forma de una yuxtaposición de fragmentos cuya suma horizontal –plana– borra la historicidad de las tradiciones disciplinarias y de sus formaciones de saber junto con las polémicas intelectuales en torno a los conflictos de inscripción y legitimación de estas disciplinas en sus respectivos contextos político-académicos y teórico-intelectuales. Frente al exagerado relajo de las fronteras entre disciplinas y saberes cuyas conexiones pragmáticas se ajustan demasiado bien al mercado flexible de la diversidad que promueve la globalización capitalista, es interesante reinstalar la tensión del “marco” (William Rowe)¹³ como algo que separa y delimita, para demostrar que no todos los préstamos disciplinarios se pueden reconciliar por simple añadidura.

En cualquier caso, vale la pena, en América Latina, seguir desordenando y reinventando nuevas intersecciones entre “ciencias sociales”, “arte” y “humanidades”. Estas intersecciones pueden tomar prestado el nombre de los Estudios Culturales. En el interior de mi universidad, los Estudios Culturales sirven como una provocación táctica para nombrar algo distinto a lo que reconocen como “propio” y “exclusivo” las disciplinas tradicionales: literatura, arte, sociología, economía, historia, antropología, etc. Por el momento, en una fase que es todavía de emergencia y no de consolidación, permiten designar una zona de problemáticas que atraviesa los bordes y las fronteras de los saberes establecidos, interrogando las convenciones académicas de pertinencia-

¹² Richard Jonson (“Reinventing Cultural Studies”) citado en: Carlos Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*, Barcelona, Gedisa, 2000. P. 48.

¹³ Efectivamente, nos dice William Rowe, “la crítica literaria, la antropología, el análisis de los discursos, la historiografía, la sociología, nos proponen diferentes lecturas, recortan el espacio social de modos diferentes y (por lo mismo) no pueden reconciliarse por simple añadidura”. William Rowe, *Hacia una poética radical; ensayos de hermenéutica cultural*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 1996. P. 26.

pertenencia disciplinarias y favoreciendo la convergencia de cuerpos teóricos que habitualmente no se mezclan en los programas de estudio tradicionales: teoría crítica, psicoanálisis, deconstrucción, postestructuralismo, análisis de discurso, marxismo y post-marxismo, teoría feminista, teoría poscolonial, etc.

El solo hecho de que los Estudios Culturales sirvan para subrayar que lo “cultural”, al tener que ver con discurso, subjetividad, representación, poder y hegemonía, contienen una dimensión de politicidad que no puede ser omitida al tener que pensar sobre lo social y lo económico, es una provocación que vale la pena mantener vigente porque desafía el pensamiento de la izquierda tradicional y las orientaciones dominantes del campo de las ciencias sociales que suelen mirar a la cultura como un suplemento decorativo.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que le parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

En Chile, los gobiernos de la transición armaron un pacto entre redemocratización y neoliberalismo que dejó fuera de la escena política y comunicativa a la problemática de la memoria y del duelo en postdictadura. El sociologismo oficial en Chile se adaptó –normalizadamente– al programa de la “democracia de los acuerdos” que trabajó a favor del consenso y del mercado, desde saberes ejecutivos que contribuyeron a eliminar las huellas del pasado traumático suscribiendo el pacto de gobernabilidad que desactivó los conflictos de representación en torno a los litigios del pasado. El trabajo crítico sobre las simbolizaciones de la memoria sólo se abrió huecos desde la crítica cultural y la reflexión artística.

Me parece que algo así como los Estudios Culturales, siempre cuando incorporen a su zona de transdisciplinarietà las elaboraciones de la teoría del arte, del análisis literario y de la crítica cultural, podrían hacer confluír en la universidad reflexiones sobre los usos simbólicos y públicos de la memoria que cruzan diferentes líneas de estudios (la literatura, la sociología, la antropolo-

gía social, el psicoanálisis, la arquitectura y el urbanismo, el cine, etc.) en torno a objetos y problemas tales como: archivos, documentos y monumentos: la producción testimonial; las estrategias conmemorativas y los sitios de la memoria; el mercado de las confesiones; las articulaciones entre derechos humanos, estado y ciudadanía; las narrativas del pasado y el debate historiográfico; etc. Esta es una de las líneas de trabajo nuestro, la de la memoria, que permanece hoy muy difusa en las universidades chilenas.

La otra línea de trabajo que me parece clave es la que tiene que ver con teoría feminista, estudios de género y teoría *queer*. La incorporación del feminismo a los estudios académicos se relaciona con la pregunta que se hacía M. Foucault: “¿Cómo hacer entrar en juego los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero?”¹⁴. La teoría feminista ha demostrado que el saber trascendente –supuestamente neutro y desinteresado– de la ciencia y la filosofía hace que lo masculino-dominante se ampare en el subterfugio de lo neutro (de lo imparcial) para postular la objetividad del conocimiento. El feminismo formula un cuestionamiento político a la epistemología del conocimiento. Además, las orientaciones del postfeminismo que conjugan el feminismo en su dimensión de movimiento social y a la vez de cuerpo teórico, son capaces de darle una vitalidad político-deconstructiva a la tensión entre políticas del sujeto (el momento –afirmativo– del gesto emancipatorio de querer movilizar fuerzas de cambio generando nuevas dinámicas de subjetivación social) y crítica de la representación (el momento –suspensivo– de sospechar de cualquier cristalización del significado y de la identidad abriendo líneas de fuga en los bloques de representación homogénea de las identidades binarias).

Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”. ¿Qué importancia y significado le da usted a esta categoría?

La palabra “intervención” tiene múltiples significados y alcances: políticos, sociales, académico-institucionales, etc. Por lo general, la palabra “intervención” tiende a señalar la voluntad

¹⁴ Michel Foucault, *El orden del discurso*, Barcelona, Turquets, 1973. P. 57.

de que el trabajo académico rompa con lo que Edward Said llamaba el “principio de no-interferencia” que divorcia la reflexión universitaria de las materias a discutir en la esfera pública y la sociedad civil.

Para mí, la categoría de “intervención” va sobre todo ligada a una defensa de la teoría en su dimensión “coyuntural” (S. Hall): una defensa localizada y situacional de los usos de la teoría que entrelaza siempre su potencial de apertura y transformación con una especificidad de contextos microdiferenciados. Una teoría en acto y en situación. Hablar de “intervención” es hablar de una participación activa en un determinado campo de relaciones mediante un diseño táctico que busca modificar sus reglas. Es hablar, entonces, de decisión (“tomar parte”) y de territorios (mapas de fuerzas). Para que un trabajo crítico tenga fuerza de “intervención”, no creo que sea necesario apelar a la otredad absoluta de un afuera radical de la universidad: las luchas poblacionales, los movimientos indígenas, etc. En rigor, tiene carácter de “intervención” cualquier corte transformador que se practique en las superficies de conocimientos normalizados si es que obedece a un impulso crítico y libertario. Son muchos los “escenarios ambulantes” (Said) que le sirven a la teoría crítica y a la crítica teórica para descentrar e inestabilizar los soportes convencionales del academicismo: las revistas independientes son, por ejemplo, uno de estos “escenarios ambulantes” que, sobre todo en América Latina, se configuran como zonas de intervención. Obviamente, hay prácticas de intervención muy valiosas que mezclan el trabajo universitario con las dinámicas de actores y luchas sociales (entiendo que estas son las que tiende a hacer prevalecer Daniel Mato cuando habla de sustituir el nombre de “Estudios Culturales” por el nombre de “estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder”). Pero hay que cuidarse de “romantizar la heterogeneidad de lo totalmente-otro” (Spivak) como si las instituciones no fuesen, en sí mismas, microterritorios de lo político que pueden ser “intervenidas” en sus políticas de los espacios para desajustar lo que rige en ellos como hegemonía de saberes y prácticas. La defensa de las minorías y de las periferias representadas por agentes externos con cuya voz solidarizan los Estudios Culturales, no debería impedirnos de rescatar las potencialidades divergentes de lo

minoritario y lo periférico que se alojan en nuestros propios universos de referencias y trabajo universitario.

En este sentido, aunque no se la identifique con el corpus de los Estudios Culturales, me parece que la gran revista mexicana dirigida por Marta Lamas, *debate feminista*, innova en la cartografía de los saberes establecidos al ofrecer reflexiones críticas que van desde el arte a la vida cotidiana pasando por las traducciones académicas, las militancias ciudadanas, las intervenciones estatales y las pasiones teóricas. Es una revista de “intervención” cuyo gesto —en su transversalidad— me parece ejemplar, aunque lamentablemente no aparece casi nunca incluida en las bibliografías de los Estudios Culturales latinoamericanos.

¿Qué relación establece entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

Me parece que N. García Canclini establece una vinculación clara y eficiente entre el diseño de políticas culturales y los Estudios Culturales pensados “como correa de transmisión” entre la sociedad civil, el estado, las corporaciones transnacionales, las ONG, las fundaciones y la academia¹⁵ que ayuda a pensar la utilidad de esta conexión para quienes están directamente involucrados en el tema de las políticas culturales. Debo confesar que, en Chile, desde el espacio de la “crítica cultural” en el que me desarrollé (a través de la *Revista de Crítica Cultural* y de un Seminario en Crítica Cultural en U. ARCIS, anterior al Magíster de Estudios Culturales), expresábamos varias desconfianzas hacia el objeto de las políticas culturales: hacia la cultura entendida como bien o servicio que forma parte de un vocabulario liso de la planificación y la gestión que sólo se ocupa de lo administrable en materia de mercados culturales y de industrias culturales. En el caso de mi trabajo crítico, me interesa más pensar que la vocación política de los Estudios Culturales va por el lado de lo “político-cultural” (que asume la cultura como un espacio de luchas entre poder, representaciones, valores y significaciones) que por el lado de las “políticas culturales” en tanto mecanismos de políticas públi-

¹⁵ J. Beverley. Op. cit.

cas que se expresan en una dimensión simplemente organizacional o distributiva de las artes y del patrimonio.

La “autogestión” la entendería en su capacidad móvil de generar agenciamientos de microcircuitos independientes que sirven para activar las relaciones entre movimientos o prácticas comunitarias por un lado y, por otro, redes de expresividad socio-culturales y artísticas que estimulan la producción de nuevas identidades territorializadas.

Víctor Silva Echeto

Magíster en Estudios Culturales,
Universidad ARCIS, Santiago de Chile.

Si tuviera que formular una definición de los Estudios Culturales como un campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que usted señalaría como constitutivos de su proyecto y visión?

En las últimas cuatro décadas no hay acuerdo en una definición de los Estudios Culturales. Los Estudios Culturales son de difícil definición y cuestionan la estructuración de un campo de estudios disciplinado. Esa paradójica situación lleva a los Estudios Culturales, desde sus inicios, a encontrarse con las fortalezas de ser archipiélagos de saberes no estructurados, heterogéneos, pero esto a la vez los debilita frente a las estructuras de poder disciplinario y de investigación que dominan en las estructuras universitarias.

En América Latina, la tardía consolidación de las Ciencias Sociales, las Humanidades y las Artes lleva a encerrar los saberes y las prácticas, epistemológicamente, en disciplinas separadas, imposibilitando así la consolidación de los Estudios Culturales. Así, los Estudios Culturales –en países como Brasil, Argentina y Uruguay– van a ingresar lateralmente a los estudios literarios, antropológicos y de la comunicación, en los tardíos años ochenta cuando en Inglaterra ya existen desde los años sesenta. A esto hay que sumar la tardía incorporación en ciertos medios universitarios de teóricos, críticos y pensadores transversales con quienes dialogan los Estudios Culturales como Mijail Bajtin, Walter Benjamin, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Julia Kristeva, Fredric Jameson, Donna Haraway, entre otros/otras.

Los Estudios Culturales se formulan a partir de los ejes *ideología, política, poder y cultura* que cuestionan los modos en los que estas mismas categorías eran analizadas, en los años sesenta y pri-

meros setenta, lineal y mecánicamente en América Latina, a partir de una mezcla de marxismo, teoría del desarrollo –o desarrollismo–, antiimperialismo, y, en algunos casos, con agregados muy particulares de interpretaciones de la Teoría Crítica –fundamentalmente las lecturas de las industrias culturales de Horkheimer y Adorno– y de althusserianismo. Al respecto, son recordados los debates en el campo de la comunicación al interior de Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC) y en los estudios literarios (las polémicas, por ejemplo, entre Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal), que mostraban la separación entre alta cultura (cultura de élite), representados por algunos paradigmas de los estudios literarios, y baja cultura o cultura popular, representados por los estudios de la comunicación. Al interior de los estudios literarios, el debate entre Rama y Rodríguez Monegal, justamente se refería a cómo la crítica literaria se colocaba en un marco de “pureza” simbólica que se sentía “contaminado” por lo ideológico, lo económico y lo sociocultural.

Los Estudios Culturales se oponen a esta separación entre alta y baja cultura y plantean la construcción de teorías de las culturas que se ubican en las fronteras, en los intersticios y en los desajustes de la mirada binaria, lineal y mecánica de los estudios de la comunicación.

Nociones como hegemonía, desterritorialización del poder, violencia simbólica, poder simbólico, textos y discursos, significantes, identidades, diferencias culturales, género y feminismos, contracultura, cultura popular y cultura de masas, no ingresaban en las categorías predefinidas del saber instituido. Se diría, que en los años ochenta, los Estudios Culturales entran, sin pedir autorización, por las líneas transversales y las fronteras de los estudios que mezclaban la comunicación, la literatura, la antropología y la sociología de la cultura. Para los Estudios Culturales, sigue siendo estratégico lo cultural como espacio de cruce y encrucijadas entre lo político, lo económico y lo simbólico.

No me parece adecuado convertir a los Estudios Culturales en una nueva disciplina o en una cerrada teoría de la cultura. Si ello ocurriera (y en algunos sitios ha pasado y está pasando) se perdería ese componente liberador, dinámico, abierto y transversal que los caracteriza.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que usted incorpora a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, le parecen más significativos y estimulantes?

Para analizar el legado de la Escuela de Birmingham, en primer lugar, hay que tener presente que no es sólo por el impulso de ella que surgen los Estudios Culturales, sino que detrás de su extensa historia se encuentran las transformaciones que se venían produciendo en los estudios literarios, históricos, sociológicos, filosóficos y económicos, desde finales del siglo XIX. Es decir, Birmingham fue una de las consecuencias de los cambios que se generaron en esos años y de la crítica a la modernidad (y a las modernidades). Birmingham, pero, también, Cambridge —donde se encontraba un solitario Raymond Williams— consolidaron y radicalizaron un proceso que ya había comenzado a finales del siglo XIX. La formación de los Estudios Culturales se asocia con la educación para adultos y las universidades libres en Inglaterra; la reforma de las universidades en Francia y en América Latina. Un aspecto fundamental de la Escuela de Birmingham fue el cuestionamiento de la alta cultura, de la cultura de élite, y una deconstrucción de las culturas y las contraculturas, como eje de tensión y disenso entre el saber y su puesta en valor. Los debates sobre el marxismo —por ejemplo entre Thompson y Williams—; las investigaciones que desajustaban los estatutos disciplinarios dominantes en la historia, la antropología, la literatura, la economía y la sociología, ponían en crisis los macrotemas de investigación utilizando herramientas teórico-metodológicas flexibles y novedosas que se preguntaban por todo aquello que los grandes centros de investigación marginaban.

La Escuela de Birmingham desafió algunos de los principales estatutos del saber universitario, entre otros: el cierre del saber en las disciplinas; la separación entre arte, cultura, economía y sociedad —considerando al primero como un espacio de distinción—; la mirada displicente hacia la cultura popular y la cultura de masas; el negarse a tratar ciertos temas en las universidades por considerarlos no dignos de ser investigados, ni temática ni metodológicamente. Los Estudios Culturales fueron capaces después de integrar diversas tradiciones teóricas (desde el marxismo pa-

sando por el estructuralismo, el psicoanálisis, la fenomenología, el constructivismo) que permitieron abrir el texto literario a los debates en torno al marxismo, la ideología y también a los nuevos sujetos emergentes y a las subjetividades sexuales (desde el feminismo y los estudios de género), sin abandonar la discusión sobre la historia y los cruces entre cultura, política y economía.

Diversos/as autores/as, en ese contexto, son estimulantes y siguen siendo válidos en la discusión contemporánea. De la primera generación, son destacables los cruces entre literatura y comunicación de Raymond Williams, sus debates con E.P. Thompson sobre cultura y conflicto social, la mirada crítica sobre esa primera generación de Stuart Hall –y sus polémicas sobre el marxismo y el culturalismo–. De las generaciones posteriores, hay que mencionar los primeros intentos de Fredric Jameson de conjugar una amplia teoría interpretativa de la cultura, la política y la economía, sus posteriores debates con la postmodernidad y el capitalismo tardío y sus últimos ensayos sobre “la ontología del presente”. A estos hay que sumarles, los tempranos análisis en España de las culturas *pop* (y del *rock* en un sentido amplio) que deslegitiman el discurso cerrado de la semiótica en la obra de Jenaro Talens; el llamado al trabajo de la imaginación propuesto desde la modernidad desbordada por Arjun Appadurai; la crítica a las agencias escritas desde Occidente, planteadas, inicialmente por Edward Said y continuada por los estudios subalternos; los cruces entre antropología de la cultura, arte y economía de la cultura en los trabajos de investigación de Néstor García Canclini y George Yúdice. En América del Sur, hay que sumar, la puesta en tensión del arte y la política, la lectura descentrada sobre género y feminismo en los diversos textos de Nelly Richard; la apertura disciplinaria del discurso de las ciencias sociales en Renato Ortiz; los cruces entre cultura y poscolonialismo en Santiago Castro-Gómez, así como el ensayismo a contracorriente de la modernidad periférica de Hugo Achugar. Son sólo algunos/as teóricos/as y críticos/as culturales que permiten poner en tensión las relaciones entre lo social, lo cultural, lo político y lo económico. Y, finalmente, el necesario y fecundo diálogo de los Estudios Culturales con todo el giro crítico iniciado a fines de los años cincuenta y años sesenta por Michel Foucault; Jacques Derrida; Gilles Deleu-

ze y Félix Guattari, así como las lecturas interpretativas y contra-interpretativas contemporáneas de Giorgio Agamben, Jean Luc-Nancy, Paco Vidarte, Toni Negri, Alain Badiou, Martin Jay y Slavoj Zizek, entre otros/as.

¿Cómo definiría el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

El capitalismo tardío coloca en un lugar central a la cultura. La idea de que esta puede ser gestionada y administrada sirve para limitar sus alcances políticos y económicos. Los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar las tensiones entre cultura, economía y política, en primer lugar asumiendo lo político como un espacio de disensos, de líneas de fuerza que tensionan lo representable e irrepresentable; deconstruyendo las narraciones sobre la nación, la identidad sexual y de género; poniendo en crisis la idea de identidad y de alteridad, es decir, de ese *mismo* y ese *otro* construido binariamente desde la identidad jerarquizada e instituida; descentrando las memorias y las temporalidades.

Paralelamente, para pensar las tensiones entre cultura, economía y política, los Estudios Culturales no deben separarlas como autonomías cerradas sino considerarlas a través de las fronteras que las cruzan.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinariedad” que practican los Estudios Culturales? ¿Considera usted que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hace del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

Los Estudios Culturales deberían potenciar la práctica transversal, el cruce archipiélago, los espacios *entre* e intersticiales que agujerean las fronteras de las disciplinas y colocan brechas en el saber instituido. La transversalidad –transdisciplinaria– permite la apertura del conocimiento y de la práctica de investigación; la toma de posición política y su compromiso crítico; la permanente alerta para analizar aquellos temas que emergen fluidamente en

las sociedades actuales; la desjerarquización de los saberes y la desterritorialización de las prácticas académicas.

El balance del modo en que en las universidades en Chile –con notorias y escasas excepciones– se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales, es negativo. Siguen siendo deficientes los programas interdisciplinarios, transdisciplinarios y transversales, llamémosles Estudios Culturales o Estudios de género, Estudios Latinoamericanos, Estudios Poscoloniales, Estudios Visuales, entre otros. La lógica de las disciplinas cerradas sigue siendo la que valida los programas curriculares de pregrado, graduación y postgrados, pero, también, la investigación sistemática que fomenta –con sus diversos fondos– el Consejo de Investigación Científico y Tecnológico (Conicyt) de Chile, donde es notoria la separación entre comunicación (considerada una ciencia social aplicada), las humanidades (literatura, filosofía, antropología) y las artes. De esa forma, no hay espacio para la presentación de un proyecto de investigación transversal entre comunicación, antropología, literatura, economía y política y, menos aún, para desarrollar equipos de investigaciones transversales y transdisciplinarios. La reacción de las disciplinas formalmente instituidas frente a los Estudios Culturales es la de cerrarse y rechazarlos por considerarlos poco rigurosos en lo teórico y lo metodológico.

Los Estudios Culturales tienen un prolífico espacio para moverse en investigaciones sobre la construcción del poder, la cultura y la economía. Pero sus modos de abordar estos temas no entran en los programas de investigación disciplinarios que se desarrollan en la mayor parte de las universidades. Las escasas excepciones se encuentran en departamentos e institutos de comunicación y literatura, en postgrados en comunicación, literatura, arte, estudios de género y culturales (Universidad Austral de Chile, Universidad de Playa Ancha, Universidad ARCIS y Universidad de Chile), en centros de estudios y en proyectos individuales de investigación.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las proble-

máticas regionales y locales que le parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

Creo que las problemáticas más urgentes de ser analizadas transversalmente por los Estudios Culturales son las siguientes:

1) *Las performances de las memorias y las políticas de las memorias.* Con referencia a este primer eje de investigación, hay que tener presente que las memorias de la postdictadura en América del Sur activan debates sobre la representación y la violencia simbólico-política y establecen paradójicas relaciones entre las memorias críticas y la política oficial del consenso y de los acuerdos. La reflexión sobre la memoria cruza el arte, la comunicación, la política y lo político, la filosofía y las ciencias sociales.

2) *Los estudios de género, los feminismos y las sexualidades diferentes.* Los cuerpos sin órganos (usando la expresión de Artaud), al actuar desde la ambigüedad y la paradoja, emergen y ponen en cuestionamiento el orden simbólico, la construcción del significante de autoridad, la idea de que el cuerpo comienza y termina en la piel. Son materialidades, territorios, economías del cuerpo y políticas activas.

3) *Los temas de las violencias, los miedos, las seguridades y la paralegalidad.* Múltiples narrativas actuales (políticas, mediáticas, de las ciencias sociales) insisten en un discurso y en unas imágenes sobre la violencia cargadas de una connotación moral, instalando la idea de que hay violencias aceptables y violencias no aceptables. La política, cada vez más, con ese discurso sobre la seguridad, el territorio y la población, se transforma en biopolítica y esta en política de la policía. Es decir, política de control del cuerpo, tanto individual como social.

4) *Los temas de la heterotopía y de la violencia delen la mirada en el contexto de los Estudios Visuales.* Se podría discutir si los Estudios Visuales nacen al interior de los Estudios Culturales o si son, en definitiva, un eje paralelo de análisis que cruza por el arte, la filosofía estética y los estudios

en comunicación. El temprano interés de Raymond Williams¹ por la cultura de masas, la televisión y la tecnología, permiten fortalecer la primera hipótesis.

Los Estudios Visuales ponen en cuestionamiento el concepto de imagen, propiciando, un estudio desde la subjetividad (mirada) de las llamadas “máquinas de visión” y las máquinas post-mediáticas de adormecimiento y sedación visual. En Chile, las teorías de la imagen y los Estudios Visuales, también, comienzan a transformarse en un campo interesante de investigación, en el que se construyen puentes entre el arte, la filosofía, la comunicación y la antropología.

*Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”.
¿Qué importancia y significado le da usted a esta categoría?*

La intervención implica un trabajo crítico sobre la cultura, y una toma de posición política sobre las escrituras, los textos, los discursos y las prácticas que cruzan transversalmente por *entre* lo cultural, lo político y lo económico. Es decir, esa toma de posición no implica mirar imparcialmente las prácticas culturales, sino considerarlas como encrucijadas en el modo de hacer y en la forma de actuar, es decir, en la práctica que interviene teórica, práctica y discursivamente. La teoría, en ese sentido, no se “totaliza”, “se multiplica y multiplica” (Deleuze). La intervención es un problema local, micropolítico, situado. Desconfía del poder, es un espacio de contrapoder y contrahegemonía. Intervenir es tensionar los discursos y deslegitimar la *autoridad* del autor. La intervención examina los pliegues político-institucionales y los despliega en conexiones específicas (locales). Es la teoría y la práctica como sospecha, la puesta en crisis de la hermenéutica como totalidad interpretativa. Es la deconstrucción desde los márgenes de los signos postpatriarcales, capitalistas, o, también, dicho en otros

¹ Fredric Jameson comenta una anécdota sobre el interés temprano que tenía Raymond Williams por la televisión. Indica que, en un encuentro sobre el tema organizado por *The Kitchen* en octubre de 1980, mientras los participantes “desfilaban en tropel hacia el podio sólo para quejarse de que no podían comprender por qué se les había invitado, ya que carecían de opiniones concretas sobre la televisión (que algunos admitían ver); muchos añadieron, como si se tratase de una ocurrencia posterior, que entre los conceptos que sobre la televisión se habían ‘producido’ sólo uno tenía cierta viabilidad: el ‘flujo total’ de Raymond Williams”.

términos, son las entrelíneas rebeldes de las culturas (y contraculturas) que entran en disputa con los legitimados relatos de la autoridad estética, política, económica y cultural. Pone en cuestionamiento las posiciones binarias de la cultura e interviene entre ellas para emerger con las múltiples diferencias de género, sexuales, juveniles, infantiles y obreras, que no tienen un lugar en el capitalismo tardío.

Por todo ello, la intervención sigue siendo una potente máquina de subversión de la cultura y una lectura en reversa –deconstructiva– de los textos de las culturas.

¿Qué relación establece entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

La relación entre Estudios Culturales y políticas culturales y la disminución de esta última a “gestión de la cultural”, es una reducción y una limitación del componente político de lo cultural. La “gestión cultural” se vincula a la idea de que la cultura puede ser administrada o gestionada. Se presenta un conflicto entre la perspectiva funcionalista de “gestionar” a la cultura y lo “cultural”, ya que “‘gestionar’ significa limitar la libertad de los gestionados”. A la esencia misma del concepto de “cultura” subyace una premonición o una aceptación tácita de una relación social desigual, asimétrica, entre los conocedores y los ignorantes, entre los refinados y los primitivos.

La gestión cultural delata un enfoque administrativo cuya única tarea, concebida desde lo alto, es la de reunir, distribuir, evaluar y organizar. La autogestión aparece como forma de subvertir y poner en crisis a la gestión diseñada jerárquicamente desde el exterior: sea por parte del Estado o de los privados. Esa tensión entre gestión y autogestión es la que debe ser pensada actualmente.



Catherine Walsh

Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos,
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

“No es que hay una política inscrita en él; sino que hay algo *en juego* en los estudios culturales, [...] que no es exactamente igual en muchas otras importantes prácticas intelectuales y críticas”¹.

Si tuviera que formular una definición de los Estudios Culturales como campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que usted señalaría como constitutivos de su proyecto y visión?

Las políticas de nombrar siempre han tenido significado profundo en América Latina, parte de raigambre y tradición imperial-colonial y la hegemonía política y cultural en estas tierras invadidas por foráneos, que subordinaron las diferencias a cartografiar una imagen en su código heurístico del nombramiento². Los “Estudios Culturales” en América Latina también tienen y forman parte de una política de nombrar; ciertamente sin la misma carga y horizonte históricos, pero sí inscritos en legados y cartografiados frecuentemente como totalidad, ocultando o dejando pasar por alto las diferencias a su interior.

A propósito de estas diferencias, muchas veces –y particularmente con la reciente emergencia en la región de un creciente

¹ Stuart Hall, “*Cultural Studies and its Theoretical Legacies*”, en Lawrence Grossberg, Carry Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*. Londres: Routledge, 1992, p.278. Traducción en E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (eds.), *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Stuart Hall, Universidad Andina Simón Bolívar, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, 2010, en prensa.

² Ver Iris Zavala, “El nominalismo imperial y sus monstruos en el Nuevo Mundo,” en *Discursos sobre la ‘invención’ de América*, I. Zavala (coord.), Amsterdam/Atlanta: Rodopi, 1992.

número de programas de Estudios Culturales— he cuestionado si este nombramiento es lo más apropiado para el proyecto en que he estado envuelto durante los últimos 12 años en la Universidad Andina Simón Bolívar en Ecuador, proyecto que ahora con sus egresados y graduados tiene circulación y resonancia en otras partes de la región. No obstante y como argumentaré a continuación, los Estudios Culturales siguen siendo uno de los muy pocos campos nombrados y reconocidos en el mundo académico como tal, que permite transgredir la hegemonía disciplinar y abiertamente afianzar —por lo político de lo cultural y los enredados de ambos con lo económico— los asuntos de poder, las luchas de enfrentamiento simbólico y por el control de sentidos. Nombrar también es luchar. Es con este afán que comparto mis reflexiones en torno al cuestionario enviado.

Más que campo de “estudio”, entiendo los Estudios Culturales ampliamente como formación, como campo de posibilidad y articulación, como espacio de encuentro entre disciplinas y proyectos intelectuales, políticos y éticos que provienen de distintos momentos históricos y de distintos lugares epistemológicos, que tiene como objetivo confrontar lo que Alberto Moreiras llamó el empobrecimiento de pensamiento impulsado por las divisiones (disciplinarias, epistemológicas, geográficas, etc.) y la fragmentación social-política-cultural que cada vez más hace que la intervención y el cambio social aparezcan como proyectos de fuerzas divididas³.

Los Estudios Culturales serían un campo dirigido al pensamiento crítico plural, inter, trans e indisciplinar; las relaciones íntimas entre cultura, saber, política y economía, las problemáticas a la vez locales y globales y la búsqueda de formas de pensar, conocer, comprender, sentir y actuar que permiten incidir e intervenir. Un campo que posibilita la convergencia y articulación, particularmente entre esfuerzos, prácticas, conocimientos y proyectos que se preocupan por mundos más justos, por las diferencias (epistémicas, ontológica-existenciales, de género, etnicidad,

³ Ver Catherine Walsh, “¿Qué saber, qué hacer y cómo ver? Los desafíos, predicamentos disciplinares, político y éticos de los estudios (inter)culturales desde América Andina”, en *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*, C. Walsh (ed.), Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Abya Yala, 2003.

clase, raza, nación, entre otras) construidas como desigualdad dentro del marco de capitalismo neoliberal, y por la necesidad de levantar respuestas y propuestas.

De manera específica y con relación al proyecto del Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar, esta descripción-definición amplia va tomando rastros concretos. Al respecto, podemos identificar tres que sobresaltan como distintivos:

1) Lo *intercultural* ha sido –y aún es– eje céntrico de los procesos y luchas de cambio social en la región Andina. Planteado a finales de los años 80 por el movimiento indígena ecuatoriano como principio ideológico de su proyecto político y con relación a la transformación de las estructuras, instituciones y relaciones de la sociedad, no sólo para los pueblos indígenas sino para el conjunto social, la interculturalidad ha venido apuntando a lo largo de estos años a un proyecto y proceso social, político, ético y también epistémico. Un proyecto y proceso con miras hacia la refundación de las bases de la nación y cultura nacional –entendidas como homogéneas y monoculturalmente– para no simplemente sumar la diversidad a lo establecido, sino repensar y reconstruir haciendo que lo intercultural –y el trabajo de interculturalizar– sean eje y tarea centrales. Es en este sentido que asumimos lo intercultural nombrando nuestro proyecto estudios (inter)culturales, así pensando desde esta región, desde las luchas, prácticas y procesos que cuestionan los legados eurocéntricos, coloniales e imperiales y pretenden transformar y construir condiciones radicalmente distintas de pensar, conocer, ser, estar y con-vivir.

2) De manera similar, lo *interepistémico* apunta la necesidad de cuestionar, interrumpir y transgredir los marcos epistemológicos euro-usa-céntricos que organizan y orientan las universidades latinoamericanas e inclusive algunos programas de Estudios Culturales. Pensar con los conocimientos producidos en América Latina y el Caribe (como también en los otros “Sures”, incluyendo los que se sitúan dentro del Norte) y por intelectuales no sólo provenientes de la academia sino también de movimientos y comunidades,

es paso necesario y esencial tanto en la descolonización como en la construcción de otras condiciones de saber. Por tanto, nuestro proyecto se interesa en la tarea de invertir la geopolítica del conocimiento; en dar atención a la pluralidad de conocimientos, lógicas y racionalidades presentes históricamente subyugadas y negadas, y en el esfuerzo político-intelectual de crear relaciones, articulaciones y convergencias entre ellos.

3) Lo *decolonial* está íntimamente relacionado con los dos rastros anteriores. Aquí nuestro interés es, por un lado, evidenciar los pensamientos, prácticas y experiencias que tanto en el pasado como en el presente, han esforzado por desafiar la matriz colonial de poder y dominación, por existir a pesar de ella, en sus afueras y hasta en su interior. Y, por el otro lado, es alentar metodologías y pedagogías que, por usar las palabras de Jacqui Alexander⁴, cruzan las fronteras ficticias de exclusión y marginalización para así contribuir a la configuración de nuevas maneras de ser y conocer enraizadas no en la alteridad en sí, sino en los principios de relacionalidad, complementariedad, compromiso.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que usted incorpora a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, le parecen más significativos y estimulantes?

El legado del proyecto de Estudios Culturales de Birmingham sigue siendo importante para nuestro proyecto por dos razones principales. La primera es por el repensar político que hizo con relación a la cultura. Me refiero a las proposiciones de E.P. Thompson, Richard Hoggart y Raymond Williams, enraizadas en el afán de repensar el marxismo con relación a lo cultural, así resaltando cuatro perspectivas centrales:

- La clase es una formación social y cultural, y la cultura nada más que experiencia vivida;
- El estudio de la cultura como actividad humana da elementos para el cambio social;

⁴ M. Jacqui Alexander, *Pedagogies of Crossing. Meditations on Feminism, Sexual Politics, Memory, and the Sacred*, Durham, NC: Duke University Press, 2005.

- La cultura es uno de los lugares centrales de la lucha por la hegemonía;
- La vindicación de elementos orgánicos y emancipatorios de culturas populares e identificar con clases/grupos oprimidos, son bases para un proyecto educativo político distinto.

La segunda razón de la importancia del proyecto de Birmingham y la perspectiva llevada por Stuart Hall está claramente enmarcada en la vocación política de los Estudios Culturales, la que mantenemos como fundante. En este proyecto y perspectiva de Hall, encontramos cuatro ejes particularmente pertinentes:

- La tensión entre políticas y teorías;
- La relación histórica y aun colonial entre cultura, raza y poder;
- El régimen de representación;
- El concepto, práctica y posibilidad de articulación.

Tanto en la obra de Hall como en su trabajo dentro del proyecto de Birmingham, la tensión entre política y teoría, o políticas y teorías, ha sido consideración permanente.

“Me devuelvo a la seriedad fatal del trabajo intelectual. Es un asunto fatalmente serio. Me regreso a la distinción crítica entre trabajo intelectual y académico; se superponen, son adyacentes, se alimenta el uno del otro, el uno le suministra los medios al otro. Pero no son la misma cosa. Me devuelvo a la dificultad de instituir una práctica crítica y cultural genuina cuya intención es producir alguna especie de trabajo político intelectual orgánico que no trate de inscribirse en la metanarrativa paradigmática de conocimientos logrados dentro de las instituciones. Me devuelvo a la teoría y a la política, la política de la teoría. No la teoría como la voluntad de verdad sino la teoría como un conjunto de conocimientos disputados, localizados, coyunturales que tienen que debatirse en una forma dialógica. Sino también como práctica que siempre piensa acerca de sus intervenciones en un mundo en que haría alguna diferencia, en el que tendría algún efecto. Finalmente, una práctica que entienda la necesidad de modestia intelectual. Pienso que allí se encuentra toda la diferencia en el mundo entre entender la política del trabajo intelectual y substituir el trabajo intelectual por la política”⁵.

⁵ Stuart Hall, “*Cultural Studies and its Theoretical Legacies*”, en Lawrence Grossberg, Carry Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*. Londres: Routledge,

Su proclama que “los movimientos políticos provocan movimientos teóricos y coyunturas históricas que insisten sobre las teorías”⁶, ayudó a la comprensión de un proyecto de Estudios Culturales concebido no desde la teoría en sí, sino con relación a la teorización desde las prácticas y luchas políticas. Además al sostener que “la única teoría que vale la pena tener es aquella con la que uno tiene que luchar, no aquella de la que uno habla con una fluidez profunda”⁷, Hall abre una metodología reflexiva que nos hace críticamente preguntar: ¿qué teoría buscamos? ¿De quién(es) y para quién(es)? y ¿Cuál es la relación entre la opción teórica y las luchas sociales, culturales y epistémicas?

Como he argumentado en otro lugar,

“En la actual coyuntura latinoamericana donde se han reinstalado las perspectivas eurocéntricas y disciplinares del saber, muchas de ellas ligadas a la globalización neoliberal, el borramiento del lugar (incluyendo la importancia de las experiencias basadas-en-lugar), y la posición de “no involucramiento”, tales preguntas son realmente relevantes. Ellas hacen visibles la reinstalación de una autoridad que pretende vigilar la teoría, la creciente distancia entre la academia y la sociedad, y la desmembración por concebir y posicionar el trabajo intelectual como práctica política”⁸.

Para nosotros en la región andina, como también en otras partes de Abya Yala-América Latina, esta perspectiva es clave. Reconocer que los movimientos ancestrales político-sociales, particularmente los movimientos indígenas y afrodescendientes, también producen teoría –siendo así lo que he llamado en otros lugares como movimientos político-epistémicos– es dar la vuelta de su consideración dentro de la academia como poco más que objetos de estudio. Dialogar con Hall en este sentido es útil.

1992, p.286. Traducción en E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (eds.), ob.cit., en prensa.

⁶ *Ibíd.*, p. 283.

⁷ *Ibíd.*, p. 280.

⁸ Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich, “Introducción. Práctica crítica y vocación política: Pertinencia de Stuart Hall en los estudios culturales latinoamericanos”, en E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (eds.), ob. cit., en prensa.

El segundo eje de Hall –la relación histórica y aun colonial entre cultura, raza y poder– nos da otras pistas con que dialogar. Hall, en su trabajo en Birmingham, empezó a marcar tempranamente su diferencia con Thompson, Hoggart y Williams, al encaminarse hacia posturas arraigadas no sólo en la crítica marxista (incluyendo sus raíces eurocéntricas), sino también en el reconocimiento de subjetividades históricamente subordinadas por estructuras de poder, especialmente las de género y racialización, Hall abrió el proyecto de Estudios Culturales a luchas hasta entonces ocultadas o negadas, luchando él mismo –como fue el caso con la mujeres y el feminismo–, o enfrentando, en su propio caso, la problemática de raza, racialización y racismo y sus horizontes coloniales vividos, la que forma parte de su “política de ubicación” o “localización” desde donde piensa⁹. Como decía,

“Siendo preparado por la educación colonial, conocí Inglaterra desde adentro. Pero no soy y nunca seré ‘inglés’. Conozco íntimamente los dos lugares, pero no soy completamente de ninguno [...] De manera curiosa, la poscolonialidad me preparó para vivir en [...] una relación diaspórica a la identidad”¹⁰.

El trabajo de Hall en el campo de representación ofrece otro eje con que podemos dialogar. Al hacer evidente la manera que las prácticas de representación construyen y contribuyen a la estereotipación y la continua subalternización de afrodescendientes, por ejemplo, y dentro de una estructura o régimen de supuesta naturalización y verdad, Hall permite sobrepasar el discurso de Barthes y Foucault al poner la racialización como un problema céntrico a las estructuras de poder y al entender la representación como parte misma de tales estructuras¹¹.

⁹ Ver Stuart Hall, “Epilogue: through the prism of an intellectual life”. Brian Meeks (ed.), *Culture, Politics, Race and Diaspora*. pp. 269-291. Kingston: Ian Randle Publishers.

¹⁰ Chen, Kuan-Hsing, “The formation of a diasporic intellectual: An interview with Stuart Hall” En: David Morley y Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*, London: Routledge, 1996, p.492.

¹¹ Ver particularmente “El trabajo de la representación” y “El espectáculo del ‘Otro’”, en Stuart Hall (ed.), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London, Sage Publications, 1997. Traducción en E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (eds.), ob.cit., en prensa.

Finalmente, la “articulación” concebida por Hall nos parece significativa. Sin entrar en el análisis del concepto complejo y la práctica enmarcada en él, resaltamos aquí el distanciamiento importante que señala con los postulados del posmodernismo y su discurso antiesencialista. Asumir la articulación como esfuerzo político-intelectual y también epistémico es construir y concebir alianzas y puntos (aunque tensionados) de convergencia y encuentro; es encaminar hacia lo que la feminista María Lugones ha referido recientemente –y en conversación con otras mujeres “de color”–, como “interseccionalidad”¹².

¿Cómo definiría el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

La cultura siempre ha sido un concepto enredado y resbaloso. Hoy también es un término de moda. Como eje céntrico de UNESCO y su política de patrimonio, criterio clave en las políticas del Banco Mundial, el Banco Internacional de Desarrollo-BID y el Proyecto de Naciones Unidas de Desarrollo-PNUD y elemento orientador de constituciones políticas y políticas de gobierno, la cultura parece estar en todas las partes sin mayor significación. La nueva lógica multicultural del capitalismo multinacional de la que hablaron Zizek, Jameson y otros a principios de los 90 ha logrado, sin duda, consolidarse en el mundo, incluyendo en América Latina donde el referente cada vez más frecuente es el intercultural: lo que el peruano Fidel Tubino refiere como “interculturalismo funcional” para contrastarlo con el interculturalismo crítico. Mientras el primero pretende incorporar la diferencia cultural dentro de lo establecido haciéndola utilitaria o funcional al sistema, el segundo –principio céntrico de la lucha del movimiento indígena, particularmente en el Ecuador– apunta a la transformación social, política y económica¹³.

¹² Ver María Lugones en *Tabula Rasa* (Bogotá), No. 9, julio-dic. 2008.

¹³ Ver Fidel Tubino, “La interculturalidad crítica como proyecto ético-político”, Encuentro continental de educadores agustinos, Lima, enero 24-28, 2005. <http://oala.villanova.edu/congresos/educación/lima-ponen-02.html>; Catherine Walsh, “Interculturalidad crítica y educación intercultural”, en *Segundo Seminario Internacional de Investigación Educativa, Interculturalidad y Educación Intercultural*. La Paz

Es en este contexto que se entreteje la cultura, la economía y la política, o más bien lo cultural, lo económico y lo político para no quedar en la noción de entidades singulares, estáticas y preestablecidas. Para nuestro proyecto este entreteje es eje fundamental. No nos preocupamos de la cultura en sí sino de la manera que el capitalismo ha sido –y aún sigue siendo– el corazón de una matriz colonial que pretende controlar, definir y dominar a partir de un marco eurocéntrico y occidental, las identidades sociales, el conocimiento y el ser, como también la madre naturaleza, es decir las cosmovisiones, espiritualidad, territorialidad y prácticas vivenciales culturales de la gente. Nos preocupa mantenernos alertas a la operación compleja del sistema-mundo-moderno-colonial del capital; el entrelazamiento de lo cultural con la economía política y la persistencia de una matriz colonial que cruce prácticamente todas las esferas de la vida, es llevar una práctica de Estudios Culturales tal vez muy particular; una práctica crítica, política y con miras hacia lo decolonial. Me refiero a una práctica interesada en comprender la complejidad de este sistema y hacer ver tanto su operación como las prácticas, vivencias y modos de existencia que aparten de, enfrentan, transgreden o resisten a ello, incluyendo las prácticas actuales que se dirigen hacia la refundación tanto del Estado como de la sociedad, reinvertiendo sus propósitos y sentidos históricamente homogéneos, excluyentes y de orientación uninacional y monocultural.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinarietà” que practican los Estudios Culturales? ¿Considera usted que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hace del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

La transdisciplinarietà es práctica y postura fundamental en nuestro proyecto. El hecho de que los doctorandos provienen no sólo de las ciencias sociales y humanidades, sino también de las artes, la comunicación, la educación, la historia, la

Bogotá, Editorial IICAB, 2009 e *Interculturalidad, Estado, Sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época*, Quito: UASB/Abya Yala, 2009.

filosofía y hasta el derecho da una pluralidad que, en la práctica metodológica-pedagógica, se convierte en el desafío de pensar colectivamente cruzando formaciones disciplinares y creando posturas y perspectivas nuevas, transconcebidas y transcorporalizadas. Los cursos, seminarios y docentes, en su gran mayoría, también asumen este desafío como necesario en el mundo de hoy cuando ninguna disciplina sola –o ningún intelectual solo– es suficiente para analizar y comprender la realidad social o actuar dentro de ella.

No obstante, en el globo en general y en América Latina en particular, la ganancia de la transdisciplinariedad siempre ha sido punto de crítica y contención; un punto aun más dificultoso ante la tendencia actual de redisciplinar las universidades latinoamericanas. Tal tendencia, como ha argumentado Edgardo Lander¹⁴, es reflejo de la neoliberalización de la educación superior como también del creciente conservadorismo de intelectuales, incluyendo los que se identificaban (o aun se identifiquen) como progresistas y/o de la izquierda. Sustentarse en la disciplina y asumir la verdad desde ella, práctica común hoy en día, es reinstalar la geopolítica del saber, haciendo que el euro-“usa”-centrismo se fortalezca como “el lugar” de teoría y conocimiento. Por lo tanto, el problema de disputa no es sólo con la transdisciplinariedad de los Estudios Culturales sino también con su “indisciplinamiento”; aquí me refiero al esfuerzo –céntrico en nuestro proyecto– de dar presencia a perspectivas de conocimiento provenientes de América Latina y de pensadores no siempre ligados a la academia¹⁵.

Frente a ambas posturas –de transdisciplinariedad e indisciplinamiento–, la crítica y cuestionamiento dentro del país a nuestro proyecto vienen de dos lados. Un lado es de la disciplina de las Letras y su posicionamiento alrededor de los “estudios de la cultura”, entendido en mayor parte como el estudio *sobre* la cultura –como objeto de estudio– y sus manifestaciones principalmente en la literatura pero con extensiones a otras disciplinas “cultura-

¹⁴ Edgardo Lander, “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”, en E. Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2000.

¹⁵ Ver C. Walsh, F. Schiwy y S. Castro-Gómez (ed.), *Indisciplinar las ciencias sociales: Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Quito: Abya Yala/Universidad Andina Simón Bolívar, 2002.

les” como también al patrimonio como política cultural¹⁶. Desde estas posturas, la crítica a nuestro proyecto y a su apuesta política-social, intercultural, interepistémica y de orientación decolonial se hace muchas veces argumentando que la “Cultura” es pilar de América Latina y que debe ser estudiada en sí y no como espacio de conflictos y de luchas por significados en contextos donde el poder siempre está presente. Al parecer, la ruta preferencial es la de disciplinar, despolitizar y desubjetivar para volver a la “vanguardia” de la Cultura como patrimonio para salvaguardar. Para nosotros, el problema no es con esta postura y perspectiva en sí —la que es respetable, entendible y con derecho de existir; más bien es cuando ella pretende deslegitimar y desacreditar nuestro proyecto.

El otro lado de la crítica no es tan distinto. Aquí su base viene de las ciencias políticas y sociales, del argumento también disciplinado de la neutralidad, seriedad y objetividad académica. En ambos casos la atención a grupos, prácticas y conocimientos históricamente subalternizados no tiene mayor relevancia; tampoco tiene centralidad el entrelazamiento de raza, etnicidad, género y sexualidades con las estructuras y patrones de poder y conocimiento o con las luchas pasadas y presentes en América Latina que dan sustento a los argumentos de la heterogeneidad, la interculturalidad y la colonialidad.

Todo eso sirve para resaltar la doble problemática que, para nuestro proyecto, está en juego. Por una parte está el significado negativo asociado hoy en día con la transdisciplinariedad y los supuestos académicos que la van acompañando, particularmente con relación a la investigación, lo que implica que nuestras tesis tienen que ser doblemente rigurosas. Por la otra parte, está la limitación geopolítica no solo de las disciplinas en sí sino también del disciplinamiento académico. Argumentar, como no

¹⁶ Puesto en escena también es el significado de “políticas culturales”. Sin elaborar aquí una respuesta a esta parte del Cuestionario, vale la pena señalar la distinción entre política cultural entendida como *lo político de lo cultural* y *lo cultural de lo político* —perspectiva claramente introducida por Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino y la que nos orienta en nuestro proyecto—, y *política cultural* como gestión desde las instituciones estatales y (trans)nacionales. Aquí me refiero al texto *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá: Tauro, 2001.

sotros hacemos, que el conocimiento y el pensamiento están producidos también fuera de la universidad y así en diálogo con Hall, que los movimientos políticos también producen y provocan momentos y movimientos teóricos, es cuestionar y desafiar la lógica académica y la autoridad de una razón –y ciencia– universal y única. Tal desafío y cuestionamiento nos ponen en un lugar siempre marginal, en los bordes y siempre en disputa.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que le parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

Las problemáticas regionales y locales más urgentes en las que se inscribe nuestro trabajo son las que se relacionan particularmente con la comprensión de los dispositivos, estructuras y prácticas de dominación, subordinación y exclusión, y con el señalamiento de caminos, construcciones, sentidos y prácticas hacia mundos y vidas distintas, especialmente las que no se aíslan en la diferencia en sí. Entre las muchas problemáticas y temáticas importantes, podemos señalar las siguientes:

- Las transformaciones emergentes en la región que están dando vueltas el significado, la estructura y práctica del Estado y de la sociedad latinoamericana, y por extensión la propia “uni”versidad. Me refiero a transformaciones que críticamente indagan sobre los largos horizontes coloniales, que parten de lo plural e intercultural y apuntan a lógicas y racionalidades distintas a las eurocéntricas. Transformaciones y construcciones que también pueden alentar contralecturas a las celebraciones bicentenarias actualmente en boga.
- Sentidos, pensamientos, prácticas y experiencias presentes y emergentes en la región que conciben modos distintos de vivir (tanto en el campo como la ciudad, incluyendo la relación con la naturaleza) que se distancian del capitalismo y su proyecto neoliberal, y que permiten nuevas articulaciones y consideraciones en torno a lo cultural, económico y político, sus tensiones y entrecruces.

- Indagaciones en torno a la racialización, género-ización, sexualización, etc.: representaciones, re-presentaciones y nuevas presentaciones; consideraciones en torno a las luchas, estrategias, manifestaciones, resistencias e insurgencias sociales, políticas y epistémicas que se refieran a ellas, pensándose con relación a alianzas y articulaciones.
- Circunspecciones con relación al campo de la educación, desde las escuelas hasta las universidades, especialmente los que trabajan desde el problema de las geopolíticas del conocimiento y hacia prácticas y posibilidades interepistémicas.
- Estéticas otras que ponen en escena y consideración miradas, escuchas, prácticas, producciones y construcciones desde lo visual, lo sonoro, lo performativo, lo literario, las músicas, las artes plásticas, etc., que cuestionan, interrumpen y transgreden los marcos elitistas y dominantes de la “Cultura” y abren y/o señalen caminos distintos.

*Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”.
¿Qué importancia y significado le da usted a esta categoría?*

Entiendo –y entendemos– en nuestro proyecto la intervención de manera similar a Stuart Hall, como la voluntad de intervención y transformación sobre el mundo, intervención que no sólo se piensa con relación a los campos y contextos sociales y políticos sino también en lo epistémico y teórico, para intervenir en y transformar nuestros marcos y lógicas de pensar, conocer y comprender. A comprometerse en mente, cuerpo y alma, como argumentaba Frantz Fanon.

Considerar los Estudios Culturales hoy en día como proyecto de vocación política y de intervención, es posicionar –y a la vez construir– nuestro trabajo en los bordes entre universidad y sociedad. Es reflexionar con seriedad sobre quiénes leemos y con quiénes queremos y/o necesitamos pensar y dialogar, para así reconocer las propias limitaciones de nuestro conocimiento. Y por eso mismo, es actuar sobre nuestra propia situación, estableciendo encuentros e intercambios de distinto índole con el afán pedagógico-metodológico de *pensar desde* y *pensar con*, lo que he nom-

brado en otros lugares como parte de una interculturalidad crítica y pedagogía decolonial¹⁷.

En universidades y sociedades cada vez más caracterizadas por la no intervención, la complacencia y el individualismo, la intervención señala, sugiere e impulsa una postura y práctica de involucramiento, actuación y complicidad. Asumir tal postura y práctica como integrales a nuestro proyecto político-intelectual, es dar no sólo un sentido ético al trabajo sobre cultura y poder, sino también darlo algo de corazón, es decir dirigirlo a la necesidad y urgencia cada vez mayor de vida. Llamar eso Estudios Culturales o estudios (inter)culturales críticos es sólo una opción, parte de la política de nombramiento.

¹⁷ Catherine Walsh, “Interculturalidade crítica e pedagogía de-colonial: In-surgir, re-existir y re-viver”, en *Educação Intercultural hoje em América latina: concepções, tensões e propostas*, Vera Candau (Edit.), Río de Janeiro: Editira 7 Letras, 2009.

Eduardo Restrepo

Instituto de Estudios Sociales y Culturales,
Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

Si tuviera que formular una definición de los Estudios Culturales como un campo de estudio, ¿cuáles son los rasgos específicos y distintivos que usted señalaría como constitutivos de su proyecto y visión?

Desde una perspectiva antropológica, uno estaría tentado de zanjar las a veces interminables disputas por la especificidad de los estudios culturales con un argumento de corte etnográfico. Esto es, los estudios culturales serían lo que hacen en su nombre quienes se reconocen como sus practicantes, así como lo que les es atribuido por parte de académicos que no se consideran ellos mismos haciendo estudios culturales. Desde esta perspectiva, los Estudios Culturales serían función de juegos de discursos y prácticas situados, que definen institucional y socialmente los contornos de un campo que pueden ser objeto de unas etnografías e historizaciones específicas. Esta manera de abordar la especificidad de los Estudios Culturales tiene grandes ventajas, pero también algunas desventajas.

Una de las ventajas es escapar a lo que podríamos denominar el *chantaje fundacionalista* de que hay una especie de identidad compartida que definiría cuasi transhistóricamente y más allá de los contextos concretos, de una vez y para siempre, lo que los Estudios Culturales serían y lo que definitivamente no serían. Se evitaría así el trazado de muros insalvables y de aduanas de autenticidad, donde las posiciones policiales y autoritarias florecen fácilmente. Ninguna entidad metafísica, cuasi esencial, sería garante último de lo que serían o no los Estudios Culturales. Otra ventaja de esta perspectiva es tomar seriamente en consideración las representaciones y las prácticas institucionalmente articuladas de los actores mismos, lo que permitiría un

abordaje contextualmente específico y en su densidad de lo que en un lugar y momento dados pueden constituirse (o no) como Estudios Culturales.

Dos son las principales desventajas de este abordaje. Primero, el nominalismo que implica. Esto es, se considera que la etiqueta de Estudios Culturales, la palabra, es criterio necesario y suficiente para que estos existan. Por tanto, no sólo cabe cualquier cosa con tal de que quien la haga considere que eso es Estudios Culturales, o alguien distinto lo considere así, sino que trabajos que nadie reivindica como Estudios Culturales no lo serían por esta sola razón. Segundo, que una posición tal abandona los Estudios Culturales (o cualquier otro campo intelectual) al relativismo epistémico y a su apropiación por parte de agendas grises, de personajes interpelados por sus carreras académicas y microprestigios. Finalmente, está el hecho de que algunos personajes (que se imaginan dentro o fuera del campo) definan el trabajo de otros como Estudios Culturales, como ha sucedido con aquellos que desde sus posiciones profesoras en los Estados Unidos embuten en la categoría de *Latin American Cultural Studies* cualquier trabajo o autor latinoamericano de su parecer desde el siglo XIX hasta hoy. Jesús Martín Barbero, Daniel Mato y Nelly Richard, entre otros, han señalado diferentes implicaciones de esta violencia epistémica apuntalada en una geopolítica del conocimiento que atraviesa las relaciones entre el establecimiento académico estadounidense y las prácticas intelectuales en los distintos países latinoamericanos¹.

Aunque los Estudios Culturales deben considerarse como un campo plural en el que múltiples vertientes y disputas son constitutivas, esto no significa que no pueda establecerse su *especificidad*. Y la definición de esta especificidad es un asunto de disputa política en el terreno mismo de los Estudios Culturales. Implica un cerramiento arbitrario, aunque provisional, de lo que pueden significar en un momento y lugar determinado. A dife-

¹ Esta pertinente preocupación por las prácticas de colonialismo intelectual que pueden asociarse a ciertas apropiaciones de los Estudios Culturales, no significa que se considere relevante apelar a un (auto) orientalismo latinoamericanista o a un provincialismo nativista para rechazar en bloque los debates, los retos e incomodidades que suscitan los Estudios Culturales en contextos intelectuales como los nuestros.

rencia de las disciplinas académicas, la especificidad de los Estudios Culturales no se plantearía en términos epistemológicos, teóricos o metodológicos. La especificidad de los Estudios Culturales es una preocupación política, pero una preocupación que no significa la cancelación de la labor teórica en nombre de un sujeto político o moral determinado de antemano.

Recogiendo una expresión de Lawrence Grossberg, los Estudios Culturales serían una permanente politización de la teoría y una teorización de lo político. La politización de la teoría no consiste en reemplazar el ejercicio teórico (el forcejeo con las categorías, autores e investigaciones de lo concreto), por reproducir una serie de enunciados osificados y moralizantes derivados de la “posición política correcta”. La politización de la teoría supone, al contrario, que el conocimiento tiene sentido en tanto es impulsado por una voluntad de intervención y transformación sobre el mundo. La teorización de lo político refiere, a su vez, a que el trabajo intelectual serio examine permanentemente los bemoles de la actividad política en aras de entender mejor sus articulaciones y limitaciones. En esta manera de entender el trabajo intelectual se puede percibir la inspiración gramsciana del “pesimismo del intelecto” y del “optimismo de la voluntad”.

Su apuesta por la pluralidad, las tensiones y disputas, como criterio de vitalidad intelectual, no significa que *todo cabe* dentro de los Estudios Culturales. Si los Estudios Culturales pueden ser caracterizados como antireduccionistas, como un *pensamiento sin garantías* para retomar la sugerente y acertada formulación de Hall, es porque no caben posiciones reduccionistas independientemente de la autoridad que las predique. Unos estudios que no se preguntan por su relevancia e implicaciones políticas a la vieja usanza del positivismo o a la más reciente del nihilismo postmoderista, no sólo están lejanos sino que son antagónicos con la idea de la necesaria voluntad política en el proyecto de los Estudios Culturales. La flexibilidad y pluralidad no es lo mismo que celebrar una ausencia de criterio sobre su propia especificidad. Tampoco es falta de perfilamiento de un proyecto intelectual que, por amplio que sea, no puede ni pretende incluirlo todo.

De manera general, la apuesta que orienta mi disputa por la especificidad de los Estudios Culturales se podría formular de

la siguiente manera: los Estudios Culturales refieren a ese campo transdisciplinario que busca *comprender e intervenir*, desde un enfoque contextual, cierto tipo de articulaciones concretas entre lo cultural y lo político. Campo transdisciplinario en el sentido de que los Estudios Culturales son necesariamente antireduccionistas, es decir, sus explicaciones no son reducidas a una dimensión o variable definida de antemano ya sea esta el discurso, el sujeto, la cultura, la sociedad o la economía. Sus abordajes suponen poner en juego no sólo un pluralismo metodológico, sino enfoques conceptuales anclados a diversas tradiciones disciplinarias. Comprender e intervenir porque los Estudios Culturales no operan como conocimiento ostentoso, cuyo único fin sería el atesoramiento de conocimiento sin mayor razón que la satisfacción de la curiosidad intelectual o el engrosamiento de las carreras académicas de sus practicantes. Comprender e intervenir significa que los Estudios Culturales se imaginan como un conocimiento-herramienta, situado y puntual en el forcejeo teórico y empírico por evidenciar y transformar condiciones concretas de explotación, dominación y sujeción.

Los Estudios Culturales no son una disquisición eminente o predominantemente teórica sobre el mundo desde genialidades que tratan de explicarlo en su coherencia de sistema, sino estudios de lo concreto: de elementos, de amarres, de relaciones entre cultura y poder concretas. De ahí que los Estudios Culturales sean *situados*, es decir, que adquieren determinadas características e inflexiones dependiendo de los contextos intelectuales y políticos en los que se articulan.

Enfoque contextual porque los Estudios Culturales no son solipsismo ni especulación de carácter metafísico, sino estudios empíricamente orientados sobre amarres concretos de cultura-como-poder pero también de poder-como-cultura en el mundo históricamente existente. Los Estudios Culturales son contextuales teóricamente porque no están garantizados por la citación de ciertos autores, ni se derivan mecánicamente de la utilización de unas teorías sobre la cultura y el poder. Son contextuales políticamente ya que lo que en un contexto determinado puede ser políticamente progresista, en otro puede ser abiertamente reaccionario (o, tal vez más fácilmente encontrable, mezclas de ambas al

tiempo), por lo que hay que hacer el trabajo de investigar los ensamblajes de fuerzas concretas en aras de orientar las intervenciones políticas relevantes. Esto no significa que los Estudios Culturales sean la única forma de articular voluntad política en la academia, como tampoco significa que sea necesariamente la mejor.

Cierto tipo de articulaciones concretas entre lo cultural y lo político, en tanto la problemática de los Estudios Culturales se constituye en las intersecciones entre la significación y las relaciones de poder expresadas en socialidades, corporalidades, subjetividades, espacialidades y tecnicidades concretas. De esta manera, la intersección, el cruce, la sutura entre cultura y poder, es el lugar específico donde los Estudios Culturales encuentran un concepto de cultura y un concepto de poder que definen su problemática. En los Estudios Culturales, la cultura es pensada como un terreno de luchas por significados y esos significados constituyen el mundo, no son significados que están en el nivel de la superestructura o de la ideología, sino que producen materialidades.

¿Cuál es el legado de la Escuela de Birmingham que usted incorpora a su proyecto de Estudios Culturales? ¿Cuáles son los autores y posturas que hoy, dentro del actual campo de los Estudios Culturales, le parecen más significativos y estimulantes?

Para mi concepción y práctica de los Estudios Culturales, lo más inspirador de Birmingham se encuentra en el trabajo de Stuart Hall. Concretamente, me identifico con sus elaboraciones sobre el proyecto de los Estudios Culturales como una práctica intelectual con una irrenunciable vocación política anclada en la comprensión de lo concreto. Sus planteamientos sobre la teoría como un “forcejeo con los ángeles”, sin ningún tipo de garantías ni atajos, son oxigenantes en un momento donde impera cierta banalización de lo teórico en ejercicios de citas de nombres de autores, fórmulas estereotipadas y títulos de libros con los que se tiene una relación superficial y fetichista.

Me identifico también con la insistencia de Hall en que el trabajo intelectual serio importa, sin caer en la reificación de la teoría ni en el antiteoricismo o antiacademicismo de cierto tipo de activismos. Activismos facilistas que tienden a la cancelación de la labor intelectual. De ahí la relevancia de su convicción

gramsciana de que el “pesimismo del intelecto” desestabiliza las certezas autocomplacientes y las inercias de la imaginación política en las que tendemos a reposar (sobre todo cuando nos sentimos del lado de los justos); pesimismo que debe complementarse con “el optimismo de la voluntad” para que no se convierta en arrogancia ilustrada o autoritarismo de los expertos. Finalmente, pero no por ello menos relevantes, debo indicar que los aportes de Hall sobre representación, hegemonía, etnicidad-raza y diáspora son los que más he utilizado en mis propios trabajos.

También me identifico hoy con las contribuciones de Lawrence Grossberg en los Estados Unidos. Por sus planteamientos sobre el proyecto de los Estudios Culturales y sus disputas con las vertientes textualistas y trivializantes de los Estudios Culturales; por sus esfuerzos para generar condiciones de conversabilidad entre unos Estudios Culturales desde diferentes lugares del mundo y por sus estudios concretos sobre modernidad y hegemonía en los Estados Unidos, Grossberg constituye un claro referente de por qué los Estudios Culturales pueden ser relevantes. En América Latina, aunque con más dificultades de identificarlo exclusivamente como Estudios Culturales, ya que es una etiqueta con la que se siente incómoda, el trabajo de Claudia Briones en Argentina es bastante inspirador. Sus planteamientos sobre la aboriginalidad, la identidad, la etnicidad y las formaciones nacionales de alteridad, así como su sostenido y largo trabajo con los mapuche, hacen de Briones un aporte significativo y estimulante.

En suma, en las actuales posturas de los Estudios Culturales, las que considero más interesantes y por las que merecen ser tomados en consideración son las que mantienen su vocación política, distanciándose de un sinnúmero de personajes que los confunden con estudios sobre la cultura y cuya política se reduce a la banalización textualista de considerar que hablar sobre el poder o hacer análisis cultural es suficiente.

¿Cómo definiría el lugar político de la cultura hoy? ¿De qué modo los Estudios Culturales pueden ayudar a pensar mejor las tensiones entre cultura, economía y política?

Estamos asistiendo a una época donde la cultura en general y la diferencia cultural en particular constituyen los términos

de inteligibilidad e interpelación de un creciente número de personas (no sólo de expertos, funcionarios, políticos y activistas) así como el campo de una serie de tecnologías de gubernamentalización y mercantilización de la existencia. La cultura y la diferencia cultural han devenido en el terreno desde donde se articulan normalizaciones y se producen poblaciones, pero también han constituido el diagrama de poder desde donde ciertas subalternidades (a veces configuradas como tales por la visibilidad misma del dispositivo culturalista) establecen sus resistencias. Igualmente, la cultura y la diferencia cultural son el anclaje y la fuente de operación del capital no sólo con la producción de mercancías e imaginarios, sino también con la apropiación del análisis cultural en la racionalidad empresarial y de mercados.

¿Qué se gana con la defensa de la “transdisciplinariedad” que practican los Estudios Culturales? ¿Considera usted que dicha fórmula conlleva determinados riesgos, y cuáles? ¿Cuál es el balance que hace del modo en que, en su propia universidad, se comporta la lógica académica de las disciplinas formalmente instituidas frente a los programas de Estudios Culturales?

La transdisciplinariedad (la interdisciplinariedad o la no disciplinariedad, dependiendo de las inflexiones teóricas de quien argumente) es cada vez más un lugar común en las retóricas de los practicantes de los Estudios Culturales, pero es algo sobre lo que no se tiene mayor claridad. No pocos de los que se dicen sus practicantes se limitan a imaginar los Estudios Culturales como un más allá, como una superación de las disciplinas, muchas veces con el argumento del realismo de que ante un mundo tan complejo y globalizado, los objetos de las disciplinas son demasiado parciales. Se confunden los objetos disciplinarios con una parcela de la realidad e imaginan, entonces, la transdisciplinariedad como una perspectiva más abarcadora porque “incluye” o “articula” diferentes objetos. Esta candidez epistémica, a menudo va de la mano con una arrogancia y desconocimiento de las disciplinas que dicen superar (y que mandan a recoger de un plumazo), así como de un cerramiento disciplinante de los Estudios Culturales centrado en unos autores, temáticas y retóricas que devienen en cánones. Por tanto, la transdisciplinariedad en los

Estudios Culturales no la entiendo como una mera yuxtaposición mecánica de dos o más disciplinas en una especie de simple sumatoria que, en últimas instancias, mantendría incólume la identidad de cada una de ellas.

Uno de los elementos retóricos que uno encuentra fuertemente en distintos practicantes de los Estudios Culturales en Colombia es un marcado discurso antidisciplinario, sobre todo en algunos estudiantes y profesores. El reto de la transdisciplinariedad (o interdisciplinariedad) no es la negación de las disciplinas, sino tratar de problematizar los reduccionismos disciplinarios o no disciplinarios en los abordajes de las problemáticas que les interesan a los Estudios Culturales. El cuestionamiento radical al reduccionismo no significa que todo lo relacionado con las disciplinas es obsoleto e irrelevante, algo que pertenecería al museo de antigüedades y curiosidades intelectuales. La formación disciplinaria es un momento y un lugar muy importante para hacer Estudios Culturales, aunque por supuesto no lo puede hacer manteniendo impune su formación disciplinaria.

Independientemente de lo que a uno le guste o no, en el contexto de institucionalización de los Estudios Culturales en el país se corre el riesgo de que sean cada vez más disciplinarios. Esta creciente disciplinarización se daría paradójicamente al mismo tiempo que sus practicantes predicán enfáticamente la transdisciplinariedad y no pocos de ellos asumen posiciones antidisciplinarias con respecto a la antropología, la filosofía, etc. Cuando hablo de disciplinación, estoy entendiendo el concepto en un sentido más antropológico y sociológico (siguiendo en esto algunos de los aportes de Bourdieu, Foucault y Wallerstein) que estrechamente epistemológico. Las disciplinas no son sólo un campo epistémicamente constituido de objetos, métodos y problemas que permite cierto tipo de comprensión-producción del mundo. Las disciplinas también están constituidas por una serie de prácticas institucionalizadas y de procesos de subjetivación que normalizan las condiciones de lo pensable y de lo realizable desde una disciplina, a veces en franca contraposición con las representaciones que sus practicantes tienen y enuncian sobre ella. Estoy pensando en la disciplina como disciplinación, como fijación de cánones, como establecimiento de jergas compartidas, como interpelaciones in-

dividuales y colectivas. En este sentido, se puede apreciar cómo lo que se hace en nombre de los Estudios Culturales en Colombia se ha ido progresivamente disciplinando, aunque uno de los rasgos de esta disciplinación suponga compartir de forma generalmente acrítica una narrativa de autocelebración donde la transdisciplinariedad ocupa un lugar central.

En la Universidad Javeriana en Bogotá la reacción del grueso de los practicantes de las disciplinas (pero sobre todo de los antropólogos y los sociólogos) que pertenecen a la Facultad de Ciencias Sociales, ha sido la de una marcada angustia defensiva y un rechazo frontal u oblicuo a los Estudios Culturales. Abiertamente conservadores no sólo sobre la pureza disciplinaria sino también en términos políticos, varios antropólogos, sociólogos, historiadores y literatos de la facultad en la cual se creó el programa trataron de suprimir primero y ahora de reducir al máximo la presencia de los incómodos Estudios Culturales. En general armados de la única lectura que conocen sobre Estudios Culturales (el libro de Carlos Reynoso, *Apogeo y decadencia de los Estudios Culturales*), reproduciendo los estereotipos y lugares comunes, y siendo muchos de ellos en sus propias disciplinas unos practicantes menores que no tienen mayor producción ni visibilidad, perciben con pánico el posicionamiento en la Facultad de los Estudios Culturales.

La relación con los Estudios Culturales también tiene otra historia en la Universidad Javeriana: la de un instituto de investigación anómalo, el Instituto de Estudios Sociales y Culturales *Pensar*, que no pertenece a ninguna facultad y que ha sido el nicho del posicionamiento de los Estudios Culturales con el abierto aval del grueso del equipo y de sus directivas. Es desde este instituto que nació el programa de Estudios Culturales que se adelanta conjuntamente con la Facultad de Ciencias Sociales. Un par de seminarios internacionales, un diplomado y dos libros son la expresión de lo que, para finales de los años noventa, estaba gestándose en el contexto del Instituto *Pensar* y que de alguna manera se sigue adelantando hasta hoy.

Por su parte, para las autoridades administrativas de la universidad, incluyendo los dos decanos que han estado a cargo de la facultad, los Estudios Culturales se piensan como un programa

rentable en términos de visibilidad institucional y de ingresos por matriculas, sin tener necesariamente idea de lo que significan más allá de nociones generales como que implican una posición crítica e interdisciplinaria.

Los Estudios Culturales plantean el valor contextual y situacional de los usos de la teoría y del saber. ¿Cuáles son las problemáticas regionales y locales que le parecen más urgentes de ser analizadas por los Estudios Culturales desde el lugar en el que se inscribe su trabajo académico y crítico?

Las problemáticas locales más relevantes para ser abordadas desde los Estudios Culturales se refieren a la paramilitarización del imaginario colectivo en Colombia y su articulación a la hegemonía (en el sentido gramsciano) de la nueva derecha. En términos regionales, dos de las problemáticas que deben ser pensadas críticamente desde los Estudios Culturales son: el giro multicultural y las políticas de la identidad, así como el corrimiento a la izquierda y la descolonización. Igualmente importante en términos regionales es la transformación del sentido común y del establecimiento académico, naturalizando prácticas y criterios supuestamente de internacionalización, pero que en últimas instancias, se encuentra posicionando ciertas geopolíticas del conocimiento.

Los Estudios Culturales subrayan la categoría de “intervención”. ¿Qué importancia y significado le da usted a esta categoría?

La intervención es el rasgo distintivo más importante de los Estudios Culturales. No pueden existir Estudios Culturales sin intervención ya que es en esta que se materializa su voluntad política. Ahora bien, “intervención” no es reemplazar el ejercicio intelectual consistente por un activismo celebratorio de las márgenes y las subalternizaciones. No es populismo académico, ni diluir la especificidad y la importancia de la teoría en un relativismo epistémico del “todo vale”.

La intervención la entiendo como *praxis*, esto es, una práctica orientada teóricamente hacia la transformación. Esta transformación, sin embargo, no es la de la Revolución (con mayúscula inicial), no es la de una teorización totalitaria del lugar de la vanguardia o del profeta.

La intervención puede operar en tres planos, y a veces en varios de ellos al tiempo. Un primer plano es el de la interrupción de ciertos amarres concretos del sentido común y de los imaginarios colectivos referidos a la intercepción entre las prácticas significativas y las relaciones de poder. Interrumpir, entonces, las articulaciones de la explotación, dominación y sujeción, que se naturalizan y que operan como no pensables pero que son los lugares desde donde se piensa. Un segundo plano, son las intervenciones, como acciones derivadas de investigaciones concretas sobre las relaciones de poder localizadas, que lo involucran a uno mismo como sujeto, pero que no se limitan a la subjetividad individual ni se quedan necesariamente en lo local. En este plano, no es una intervención en nombre de *otros* irreductibles y distantes (marginalizados, subalternizados) sino desde las molestias existenciales del sí en relación con otros significativos, esto es, con quienes uno se identifica con sus proyectos políticos en tanto confluyen con los propios. Finalmente, intervención en el sentido de propiciar los insumos teóricos contextualmente basados para las transformaciones estructurales y las luchas anticapitalistas. Así entendida, la intervención se refiere a las acciones que se adelantan explícita y reflexivamente para mantener o transformar las condiciones de existencia de determinadas colectividades.

Esta concepción de intervención se distancia de las diferentes modalidades del asistencialismo social. El rasgo fundamental del asistencialismo consiste en despolitizar y descontextualizar los “problemas sociales” tratándolos como anomias o disfunciones que pueden ser “solucionadas” apelando a la tecnología o la planeación. En la práctica, este asistencialismo apuntala las relaciones de poder que garantizan subalternización y marginalización de amplios sectores de la población.

¿Qué relación establece entre “Estudios Culturales” y “políticas culturales”? ¿Cómo se cruzan ambos con la “gestión y la autogestión culturales”?

Soy consciente de que para la mayoría de personas involucradas con los Estudios Culturales en América Latina, la noción de gestión cultural tiende a ser equivalente a la de intervención, sobre todo cuando tal gestión es adelantada por (o en nombre de) la “gente”.

En Colombia también se encuentran quienes consideran que los Estudios Culturales y la gestión cultural son equiparables, argumentando que la gestión cultural sería ese aspecto de los Estudios Culturales que implicaría una intervención más allá de la academia, con las “comunidades”, en sus procesos de posicionamiento a través de sus “expresiones culturales” o desde el diseño e instrumentalización de políticas estatales sobre la “cultura”.

Independientemente de la genealogía que amerita la categoría de “gestión cultural”, asociada al posicionamiento de agendas y conceptualizaciones neoliberales en la región, mi posición es que nada más opuesto a los Estudios Culturales que la gestión cultural. Desde mi perspectiva, los Estudios Culturales no se pueden confundir con gestión cultural y menos cuando esta última se colapsa con políticas culturales que operan como medidas de gobierno sobre la “cultura”. No es que desconozca la potencialidad de subversión y los procesos de agencia que las “comunidades” puedan desplegar en torno a eso que se llama la “cultura” o “lo cultural”. Tampoco se puede negar que desde el Estado (o, más concretamente, desde políticas de gobierno específicas) se pueda adelantar procesos interesantes que en ciertos puntos cuestionen relaciones de poder y permitan ciertas formas de posicionamiento de sectores subalternizados.

No obstante, la gestión cultural supone una gubernamentalización (a la Foucault) del mundo de la vida, una modalidad de gobierno de los otros y de sí mismos en nombre de la cultura o de lo cultural. Esta gubernamentalización en torno a la cultura o lo cultural produce subjetividades, constituye agenciamientos, define nuestra historicidad. No son tecnologías de dominación, entendida como imposición, sino que son tecnologías de gobierno que operan desde la constitución de ciertos tipos de imaginarios políticos y teóricos, la producción de unos términos y principios de inteligibilidad, unas modalidades de subjetividad, que establecen condiciones de confrontación, organización, resistencia.

Estamos asistiendo a una época en que la cultura en general y la diferencia cultural en particular constituyen los términos de inteligibilidad e interpelación de creciente número de personas (no sólo de expertos, funcionarios, políticos y activistas), así como el campo de una serie de tecnologías de gubernamentaliza-

ción y mercantilización de la existencia. La cultura y la diferencia cultural han devenido en el terreno desde donde se articulan normalizaciones y se producen poblaciones, pero también han constituido el diagrama de poder desde donde ciertas subalternidades (a veces configuradas como tales por la visibilidad misma del dispositivo culturalista) establecen sus resistencias. Igualmente, la cultura y la diferencia cultural son el anclaje y la fuente de operación del capital no sólo con la producción de mercancías e imaginarios, sino también con la apropiación del análisis cultural en la racionalidad empresarial y de mercados.

Mi punto es que los Estudios Culturales no pueden ser entendidos como gestión cultural. Al contrario, los Estudios Culturales suponen una problematización de la gestión cultural, empezando por los discursos celebratorios de la misma (independientemente de que sean enunciados en nombre de las “comunidades”, “la gente”, “los excluidos” o “los marginados”) que la consideran como un escenario ideal de la “(anti)política” contemporánea. Por tanto, el lugar relevante para los Estudios Culturales es el de evidenciar desde estudios e intervenciones concretas cómo los discursos expertos sobre la cultura, las tecnologías de normalización y las subjetividades asociadas suponen modalidades de sujeción y de disputa. Uno de los riesgos más preocupantes que se enfrentan en los Estudios Culturales en Colombia, aunque parece que no sólo en este país, es la burocratización de los Estudios Culturales en las agencias estatales o en los sectores oenegizados (de las ONG) en nombre del impulso, promoción, mejoramiento, conservación o diversificación de la “cultura” o “lo cultural”, sobre todo cuando se hace en nombre de las “comunidades” o a favor de la “inclusión”.